

COLECCIÓN PRIMEROS PASOS



Director de la colección

Marco Raúl Mejía



Ediciones
desde abajo

Occidente, la civilización que nació enferma

Carlos Eduardo Maldonado

Octubre de 2020

Ediciones desde abajo

www.desdeabajo.info

Bogotá, Colombia

ISBN: 978-958-5555-38-9

Portada:

cassimano, Capa - Filosofia geral e problemas metafísicos

<https://www.flickr.com/photos/cassimano/6207583163/>

Diseño y diagramación: Difundir Ltda.

Cra. 20 N°45A-85, telf.: 3451808

Bogotá, D.C. - Colombia

El conocimiento es un bien de la humanidad.

Todos los seres humanos deben acceder al saber,
cultivarlo es responsabilidad de todos.

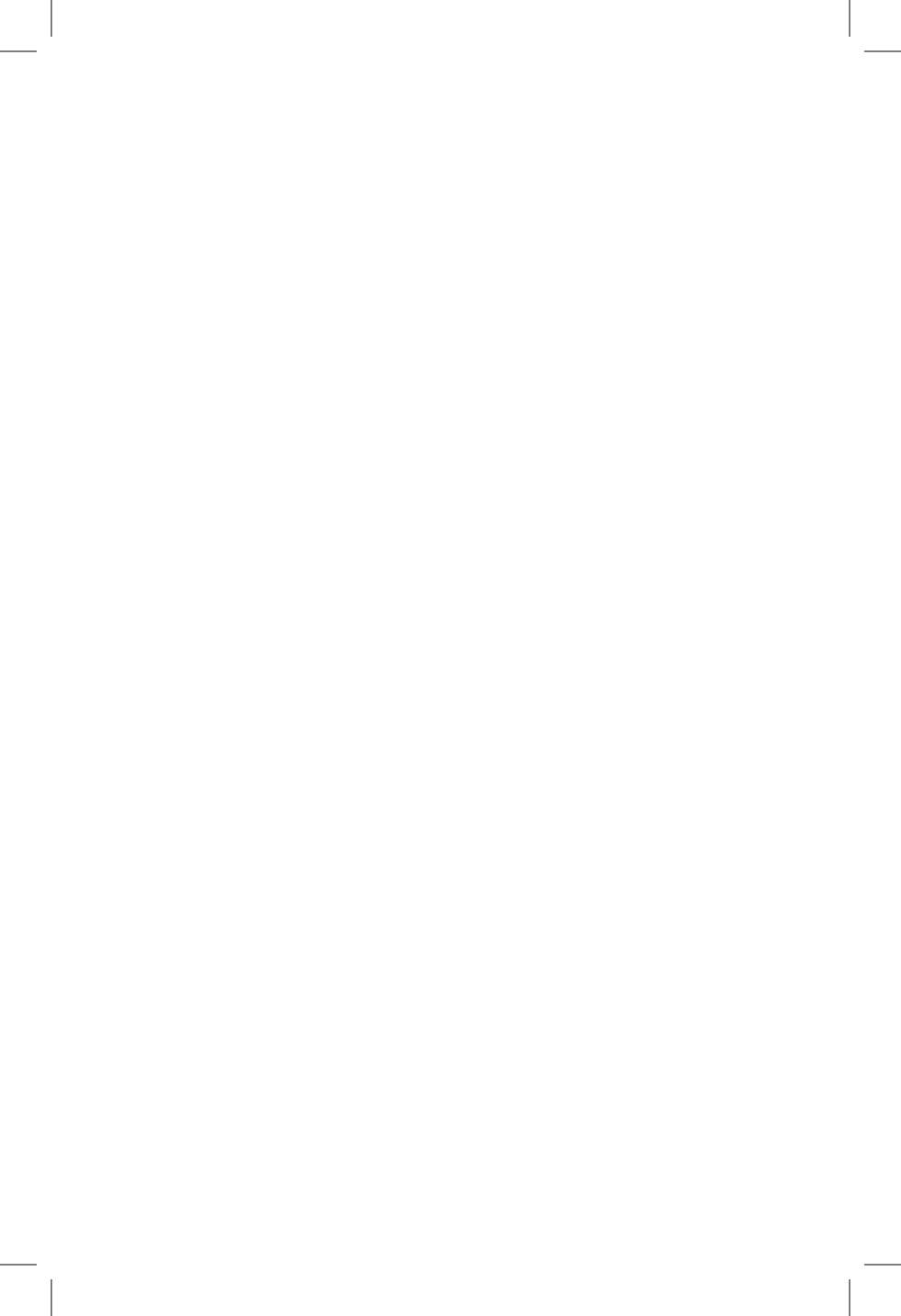
Se permite la copia, de uno o más artículos completos de esta obra o del conjunto de la edición, en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando no se modifique el contenido de los textos, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

Occidente, la civilización que nació enferma

Carlos Eduardo Maldonado



Ediciones
desde abajo



Índice

Prefacio	7
Observación preliminar	11
Introducción	17
1. Caracterización de la estructura mental de Occidente	33
2. Diagnósticos de la crisis y decadencia de Occidente	47
3. Occidente nació enferma: evidencias	59
3.1. La ecuación ser humano-naturaleza	62
3.2. Una mentalidad dualista	69
3.3. Estructuras jerárquicas	74
3.4. La creencia en la causalidad	81
3.5. La idea de trascendencia	85
3.6. El error del monoteísmo	91
3.7. El individuo	97
3.8. Observación metodológica	103
4. La necesidad de una medicina de las culturas, los pueblos y las civilizaciones.....	111
5. Conclusiones abiertas: indicios de una nueva civilización.....	125
Referencias	141



Prefacio

Este es un libro difícil. No porque lo que presento en él sea complicado sino porque a muchas personas, acostumbradas en unas ocasiones, pero en otras muy interesadas en el propio destino de Occidente, algunos de los argumentos les pueden parecer desproporcionados, y peligroso todo el sentido del libro.

Sin ambages, asistimos al final de una civilización y al nacimiento de otra. Son numerosos los trabajos que apuntan ya, de forma cada vez más sólida en esta dirección. Mientras que existe una evidente crisis civilizatoria, al mismo tiempo hay indicios de una nueva civilización. Sobre lo primero avanza un consenso cada vez mayor. Sobre lo segundo existe poca consideración.

Mi tesis aquí es que Occidente nace enferma. La dificultad de este argumento consiste en la capacidad para distinguirse de la trama; aquello que en su momento, en otro contexto, B. Brecht llamó el “efecto de distanciación”, como para decirlo al público inmerso en una obra: “esto es teatro, no es el mundo objetivo que sucede allá afuera”.

Este libro tiene lo difícil de todo diagnóstico: que genera inicialmente ira, luego negación y posteriormente –mucho tiempo después, dicho no en referencia al tiempo cronológico, sino al tiempo emocional o psicológico–, aceptación.

Quiero decirlo de manera expresa. La dificultad de este libro no está en las ideas, reposa en las emociones y los sentimientos que acompañan y que sirven la mayoría de las veces de soporte a las ideas. Dicho de manera brusca, el tema de este libro son las enfermedades –no la salud– de Occidente, muchas de las cuales son distintivamente psicóticas. Pues bien, como sabemos, dicho de manera general, la locura no es, en absoluto, un desorden de ideas. Antes bien, es un conflicto irresoluble de emociones; con una base física, siempre. No son nunca las ideas las que enferman a las personas. Exactamente en este sentido, es evidente que la gente –contra la imagen del Quijote: no se vuelve loca por leer, por pensar, por estudiar, por investigar. La raíz de las enfermedades, en este punto, está en los conflictos, irresolubles y muchas veces crecientes, de las emociones, las sensaciones y los sentimientos.

Me he ocupado (en realidad me vengo ocupando, de manera sistemática y rigurosa) recientemente de la salud. Y más específicamente por las relaciones entre salud y complejidad. Que no es, en realidad, sino una traducción del único problema, intelectual y personal que me interesa: la vida.

Occidente es una civilización de enfermedades, de muerte, de violencia, incluso aunque, como es efectivamente el caso, haya momentos y expresiones puntuales excelsas, es más, sublimes, de belleza, alegría y optimismo (como, para decirlo sin pensarlo, Bach, Mahler, Schönberg, en un contexto; Miguel Ángel, Da Vinci, Van Gogh o Picasso, en otro contexto. Dostoievsky, Shakespeare o César Vallejo no pueden faltar, en modo alguno. La lista es caprichosa, desde luego, pero indicativa. En esta lista debe incluirse, necesariamente, toda una amplia gama de mucha y muy buena literatura de humor, humor fino, humor negro, ironía y sarcasmo. En ella, por ejemplo, Quevedo y Oscar Wilde ocupan un lugar propio)¹.

1 Terminé, hace muy poco tiempo, un nuevo libro acerca de las relaciones entre estética y complejidad. La buena diosa Fortuna querrá que salga publicado pronto.

Una aclaración se impone de entrada. Personalmente no soy antisemita, como tampoco antigriego o anti-Roma, en ningún sentido, o en ninguna acepción o matiz de la palabra. Este libro no debe prestarse, absolutamente para nada, a algo semejante a una actitud negacionista, por ejemplo de la Shoah, por ejemplo, negativa hacia el cristianismo en general. Dicho expresamente, no hay aquí actos valorativos. Se trata de simple y llana fenomenología. Dicho en otras palabras, no me interesa estar en contra de nada: estoy, antes bien, y mucho mejor, a favor de la vida. Pues bien, es exactamente a favor de la vida —esto es, por ejemplo, de la salud, de la alegría, de la esperanza, de las posibilidades—, que he emprendido este trabajo, único hasta la fecha.

La invitación consiste en mirar hacia adelante, sin más.

Observación preliminar

Toda la lógica de este trabajo, de un plano al otro, se basa en el trabajo con analogías. Una analogía es el título general de lo que más estrictamente es el trabajo con y el estudio de inferencias. Existen numerosos tipos de inferencias. Me he ocupado de este tema, que es algo técnico, en otro lugar². Podemos aquí mencionar lo siguiente.

Existen inferencias directas e indirectas. Las más comunes son, de lejos las inferencias directas. Estas son del tipo:

$A \rightarrow B$

en cuyo caso, todo el problema radica en establecer si A implica necesaria o contingentemente, por ejemplo, a B; o bien si B se sigue necesaria o probabilísticamente de A, por ejemplo.

El cruce entre psicología y lógica es un tema apasionante pero resbaladizo al mismo tiempo³,

2 Maldonado, C. E., *Pensar. Lógicas no-clásicas*. Bogotá: Ed. Universidad El Bosque, 2020.

3 Hanna, R., *Rationality and Logic*. Cambridge, MA-London: The MIT Press, 2006.

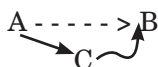
para no mencionar el siempre necesario libro de Parfit⁴. Somos el resultado de nuestras creencias. Toda la dificultad, según parece, consiste en su justificación. A esto dedicamos toda una vida, en un caso, toda una historia, en otro; y numerosos mecanismos, los que sean, para la justificación. Incluidos, como es el caso de las iglesias y los Estados, medios violentos, miedo y persecución.

La existencia es el resultado de lo que acontece en y con nuestras creencias. Es tan importante el tema que, en otro espectro, la locura no es otra cosa que el resultado del conflicto entre nuestras emociones, no entre las ideas. Las creencias son asuntos eminentemente vitales, bastante más que simplemente cuestiones cognitivas. La gente se hace matar por sus creencias, y es en nombre de algunas de ellas que llevamos a cabo toda clase de acciones. Esto no significa que, a la manera cartesiana, primero pensamos, y entonces, luego, existimos –ya sea en el orden de la existencia o de la epistemología. Todo lo contrario; como lo dejó ya explícito Sartre, la existencia precede siempre a la esencia. Es decir, siempre existimos y luego, si es el caso o si podemos o si

4 Parfit, D., *Reasons and Persons*. Oxford: Clarendon Press, 1987.

debemos hacerlo, pensamos. Las creencias son bastante más orgánicas que las ideas, si podemos decirlo así⁵.

Existen, sin embargo, al mismo tiempo, las inferencias indirectas; esto es, inferencias que elaboramos a partir de, o involucrando incertidumbres⁶. Una representación de este tipo de inferencias es el siguiente:



sencillamente para significar que la implicación de A hacia B pasa por C, pero sin que haya ninguna relación directa o explícita entre C y B, por ejemplo. Otras graficaciones serían posibles.

En aras de honestidad intelectual hay que reconocer que una analogía es un razonamiento por vías de una inferencia probable pero que depende de un muestreo imparcial; esto, en el plano de la lógica⁷. Sin embargo, al mismo tiempo, la

5 Damasio, A., *El extraño orden de las cosas. La vida, los sentimientos y la creación de las culturas*. Madrid: Destino, 2019.

6 Kyburg, H. E., Jr., and Teng, Ch. M., *Uncertain Inference*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.

7 Cohen, M., y Nagel, E., *Introducción a la lógica y al método científico*. Volúmenes 1 y 2. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.

analogía forma parte de las figuras literarias, de la tropología en general, y el uso de figuras literarias es un eje fundamental de la historia y la historiografía⁸. Como se aprecia sin dificultad, la analogía nos permite movernos, con libertad, entre la lógica y la narrativa, por consiguiente, en un continente mucho más amplio que el de las meras categorías y conceptos, todos los cuales son siempre muy rígidos.

Sin necesidad de entrar en ellos en este momento, señalemos que las analogías remiten desde sí mismas a otros ámbitos menos habituales en la ciencia y la educación normales como son los isomorfismos, los homeomorfismos, las isometrías y otros temas relacionados que apuntan, al mismo tiempo de un lado, a las matemáticas en general y a la topología en particular y, de otra parte a la biología.

Lo que debe quedar claro es que aquí nos ocupamos de inferencias indirectas. Es decir, un modo de razonamiento más elaborado que las relaciones de correspondencia directas e inmediatas, las cuales, al cabo, resultan siendo triviales. Es

8 Ankersmit, F. R., *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. México: F.C.E., 2004.

el trabajo con analogías, y el uso de inferencias indirectas lo que abre de par en par las puertas para trabajar en términos de inter, multi o transdisciplinariedad; para el caso, las diferencias son aquí irrelevantes.



Introducción

La historia de Occidente ha desatado recientemente muy buenos estudios de carácter abierto, histórico, interdisciplinario. En la base de estos numerosos trabajos se encuentra el reconocimiento de la profunda crisis civilizatoria en que nos encontramos. En no pocas ocasiones, se trata de textos con una cierta atmósfera milenarista, como si se tratara del fin del mundo. El término, científicamente muy malo, pero *catchy* en numerosos auditorios, es el del “antropoceno”.

Sin la menor duda, asistimos a una profunda, sistémica y sistemática crisis de Occidente. Los diagnósticos al respecto son profusos: desde documentos y estudios de organismos multilaterales hasta trabajos de prestigiosos tanques de pensamiento alrededor del mundo; desde la economía y la historia, hasta la política, la ética y la filosofía; desde la ecología y los problemas relacionados con el medioambiente, hasta la antropología, la sociología y la psicología.

Hay lecturas, acaso tímidas, que hablan de la crisis del capitalismo; otras centradas en la cri-

sis de la modernidad. Las hay de todos los tipos, tamaños y colores, si cabe. Más integradamente, y aproximadamente, grosso modo, a partir de finales del siglo XX hasta la fecha, se trata, más amplia y radicalmente del diagnóstico de una crisis civilizatoria.

Pues bien, en este texto no quiero ocuparme de un diagnóstico de la crisis a la que asistimos. Los diagnósticos son amplios y sólidos, de origen económico, sociológico, antropológico, histórico, ecológico, incluso biogeoquímico, y muchos más. Con todo, y que hay, además, trabajos negacionistas. Por el contrario, me propongo llamar la atención sobre un aspecto perfectamente distinto sobre el cual nadie ha reparado hasta el momento. Pare ello me valdré de una analogía. La tesis de este libro es sencilla: *Occidente fue una civilización que nació enferma.*

Una consideración cuidadosa y algo técnica se impone aquí. Tiene que ver con un tema que no ha sido ampliamente estudiado. Genéricamente, se trata del tiempo que tarda una civilización en nacer; y más específicamente, tiene que ver con el nacimiento mismo de Occidente.

De un lado, es posible sostener que Occidente nace en una gestación larga como resultado del fracaso o triunfo de otros pueblos, del hundimiento y surgimientos de otras culturas y civilizaciones. Para no hacer la historia muy larga, se trata del hundimiento de Egipto, la historia que pasa por Darío y por Ciro, los hititas y el conflicto con Esparta. Esta historia ha sido narrada en diversas ocasiones⁹. Y entonces se narra el nacimiento de Grecia hacia el siglo VIII a.e.v. Desde este punto de vista, es posible elaborar una genealogía de una civilización, más exactamente de Occidente. Mirando a sus orígenes recientes, ello conduciría a las guerras médicas y púnicas, el caballo de Troya, los conflictos con los espartanos, y otros aspectos próximos y relacionados. De manera puntual, puede situarse como referencia para el origen de Occidente el auge de las lenguas indoeuropeas, y al lado, el lugar más secundario de las lenguas semíticas. Esta referencia vale, de manera puntual, para señalar un

9 Cline, E. H., *1177B. C. The Year Civilization Collapsed*. Princeton and Oxford: Princeton University Press, 2014; Lévêque, P., (Dir.), *Las primeras civilizaciones. De los despotismos orientales a la ciudad griega*. Madrid: Akal, 2012; Roberts, J. M., *Historia del mundo. De la prehistoria a nuestros días*. Madrid: Debate, 2010; Attali, J., *El hombre nómada*. Bogotá: Luna Libros, 2010; Fernández-Armesto, F., *Civilizations. Culture, Ambition, and the Transformation of Nature*. New York: A Touchstone Book, 2002.

hecho: todas las lenguas indoeuropeas nacen en el yo, y creen y reafirman sin cesar la importancia del yo. Este, de entrada, es el rasgo central que sirve como llave, si cabe, para abrir la puerta al diagnóstico de esa civilización que, mucho tiempo después de su nacimiento, se llamó a sí misma como Occidente. Y se impuso sobre el mundo. O creyó haberlo hecho de manera total

Digamos que en este primer sentido, que podría leerse a la historia de una manera continua, como el surgimiento, auge, decadencia y sucesión de unos pueblos por otros, de unas culturas por otras, en fin, de una civilización dominante por la siguiente. Es decir, es el tipo de razonamiento que sostiene que esto sucedió porque aquello tuvo lugar y entonces las consecuencias fueron tal y tal. La causalidad no está lejana de esta línea de comprensión.

De otra parte, sin embargo, es igualmente posible una lectura que admite soluciones de continuidad. Quizás las dos mejores interpretaciones del nacimiento de Occidente en estos términos son (Dodds, 1977; Snell, 1982). Debido a que se trata de comprensiones contraintuitivas, bien vale la pena que nos detengamos por un instante en ellas.

Occidente, mucho más que un espacio o una geografía, es una *estructura mental*. Somos el resultado de un origen que se encuentra, originariamente, entre los griegos. Se trata de una estructura de pensamientos y creencias que comportan estilos de vida y relacionamientos en toda la línea de la palabra.

Desde este segundo punto de vista, sin ambages, los griegos descubrieron la mente, el intelecto, la racionalidad –según se prefiera:

“El descubrimiento del intelecto no puede compararse con el descubrimiento, digamos, de un continente. América ya existía antes de que Colón descubriera el Nuevo Mundo, pero el modo europeo de pensar no existió hasta que fue descubierto; existe gracias al conocimiento que el propio ser humano hace de sí mismo. En cualquier caso, nuestro uso de la palabra ‘descubrimiento’ puede, creo, ser defendido. El intelecto no fue ‘inventado’¹⁰.

10 “The discovery of the intellect cannot be compared with the discovery of, let us say, a continent. America had existed long before Columbus discovered the New World, but the European way of thinking did not come into being until it was discovered; it exists by grace of man’s cognizance of itself. All the same, our use of the word ‘discovery’ can, I think, be defended. The intellect was not ‘invented’...” (traducción, C.E.M.). Snell, B., *The*

Este diagnóstico no tiene lugar sin más. De acuerdo con Dodds (1977), el nacimiento de Occidente tiene lugar como el tránsito de una civilización de la vergüenza –el mundo anterior al nacimiento de Grecia–, a una civilización de la culpabilidad –que es lo que exactamente define al mundo griego. Queremos sostener que esta es una condición que resultará más que favorable para la hibridación con el mundo hebreo. Occidente nace como una experiencia ontológica de culpa, una deuda que por definición es imposible de pagar¹¹. Es lo que luego se llamará el “pecado original”. Frente a esto, lo que haga o pueda el derecho romano es básico y necesario, al mismo tiempo.

Ahora bien, ambas comprensiones, la que traza la historia del nacimiento de Occidente desde el estudio de otros pueblos y civilizaciones, y la que propone que el nacimiento de la racionalidad, coinciden con haber erigido al ser humano como objeto supremo que se conoce a sí mismo, tienen la razón. Al fin y al cabo, todos los fenómenos admiten más de una lectura posible. En esto con-

Discovery of the Mind in Greek Philosophy and Literature. New York: Dover, 1982, pp. iv-v.

11 Graeber, D., *Debt. The First 5000 Years*. Brooklyn-London: Melville House, 2014.

siste la complejidad del problema: “verdad”. Un tema sobre el cual nos hemos ocupado en otros lugares¹².

Quiero decirlo de manera explícita: el asunto no es aquí, en absoluto, el de las ventajas o prerrogativas de una ciencia o disciplina sobre otra(s). Sería poco inteligente una aproximación semejante. Antes bien, el tema de base es, si cabe, de origen médico: cómo es que nacen creaturas con serios problemas, una situación indeseable, pero también innegable.

De las dos líneas de estudio mencionadas, la segunda arroja más y mejores luces acerca de la *especificidad* de lo que es Occidente y lo que significa ser occidentales.

Sin pesimismo –de hecho, es todo lo contrario–, asistimos a la muerte de Occidente. Nos abocamos aquí al estudio de su crisis, para lo cual afirmamos que las razones de la crisis de esta civilización se encontraban ya en su propia génesis. Sin determinismos, se trata de una comprobación: la fatalidad de un destino que, en sus breves 2500 años le hizo mucho daño a la

12 Maldonado, C., *Pensar. Lógicas...*, op. cit.

humanidad; pero también al resto de la trama de la vida. Logró, casi, extinguir la vida sobre el planeta, configurando la sexta extinción masiva. En las conclusiones volveremos sobre esta idea.

De manera sintomática, Occidente se reconoce a sí misma como tal coincidentalmente cuando se empiezan a elaborar los más agudos y sistemáticos diagnósticos sobre su crisis y decadencia. La historia de estos diagnósticos merece un capítulo propio, que queda aquí de lado. Ese sería el trabajo de lo que en el mundo académico se denomina un *review paper*. Ya habrá ocasión de elaborar un texto semejante. Un trabajo tal seguramente comenzaría por los primeros diagnósticos globales, que remiten a los trabajos pioneros de Nietzsche y el nihilismo, para no mencionar el origen de la tragedia griega; Spengler y la decadencia de Occidente; Freud y el malestar de la cultura, o Husserl y la crisis de las ciencias europeas o, más radicalmente, sus trabajos sobre la filosofía primera. Algún trabajo adicional antes o durante ese momento, allí se encuentra la génesis de los primeros diagnósticos sobre la crisis civilizatoria. Aproximadamente, mientras nacía el Estado-nación, asistíamos al final de la *Belle Époque*, y comenzando el siglo XX presen-

ciamos la Primera Guerra Mundial, esa guerra absurda (*drôle de guerre*).

* * *

Este libro desarrolla una tesis. Esta afirma que, análogamente a como hay bebés que nacen sanos y bebés que nacen enfermos, Occidente es una civilización que nació enferma. Sólo, al final del día hemos llegado a darnos cuenta de ello, cuando literalmente se han acumulado una serie de males, daños, enfermedades y dolencias que presentan un cuadro clínico poco favorable. Occidente representa un paciente de alto riesgo, con una crisis sistémica y sistemática que, dicho en el lenguaje de la medicina, está colapsando, es decir, colapsando sistémicamente. Los diagnósticos de esta crisis son abundantes y robustos. Pues bien, todo encuentra su génesis en el hecho mismo de que Occidente nació con muy serios problemas que condujeron ulteriormente, sin ambages ni pesimismos, a su muy pronta desaparición; muy pronta, comparativamente con otras civilizaciones.

Como se observa, la tesis planteada se funda en una analogía. Las analogías son válidas y nece-

sarias cuando se trata de elaborar inducciones a partir de hechos insuficientes o indirectos. Manifiestamente, se trata de una analogía de la medicina hacia la historia de la cultura y de las civilizaciones. Las analogías son útiles cuando debemos explicar situaciones poco familiares mediante la ayuda de relaciones que resultan más familiares. Nadie, que yo sepa, ha diagnosticado hasta la fecha explícitamente que Occidente nació enferma. Por ello acudo aquí a la analogía de la medicina que procede, específicamente, en este caso, de la ginecología y la pediatría combinadas. Sin embargo, una interconsulta ha arrojado, sin la más mínima duda, el muy grave estado de este paciente, ya desde su nacimiento. En el curso de su breve vida –tan sólo 2500 años, aproximadamente¹³, los males, las enfermedades, los padecimientos se fueron agravando.

Al fin y al cabo en el nacimiento de los bebés acuden ginecólogos, pero cuando se sabe que se trata de un nacimiento con dificultades potenciales se invita a otros especialistas al parto. Un

13 De todas las civilizaciones habidas en la historia de la humanidad, la de más breve duración es Occidente. Para decirlo con la que acaso el producto mejor elaborado de toda su historia, la mentalidad de los Estados Unidos, se trató de algo así como: "vive rápido y muere joven". Ampliaremos esta reflexión más adelante.

cardiólogo infantil, un neurólogo infantil, en fin, según el caso.

Precisemos lo siguiente. Al mismo tiempo que se formula y desarrolla la tesis central, de pasada, elaboro una segunda tesis que es, relativamente a la primera, una subtesis. Con ella sostengo que es posible e incluso es necesaria una medicina de las culturas y civilizaciones. Una medicina semejante es inexistente a la fecha. Algo que va exactamente en la misma línea del argumento que sostiene que debe ser posible una medicina del planeta, una medicina planetaria. Me he ocupado de estas ideas en otros lugares.

En verdad, la medicina no puede quedarse en los planos conocidos: una medicina clínica, familiar, comunitaria. Los planos de la existencia cubren muchas otras dimensiones hasta, en este caso, la civilizatoria. Literalmente, hay sociedades, pueblos y culturas que enferman; así como, adicionalmente, hay pueblos y civilizaciones que enferman a otras; por ejemplo, por vía de contagio —o memética—, por ejemplo (Blackmore, 1999). De la misma manera, por ejemplo, como el suicidio puede convertirse en pandemia por vía de contagio, asimismo hay formas de vida y

de pensamiento, acciones y creencias, así como genes y dimensiones epigenéticas que enferman a otros, no solamente a sí mismo.

Occidente nace enferma; seriamente enferma. Tanto así que de todas las civilizaciones habidas en la historia de la humanidad fue la que menos tiempo vivió. La Tabla N° 1 ilustra este argumento:

Tabla N° 1: Vida o duración de algunas civilizaciones en la historia de la humanidad

CIVILIZACIÓN	TIEMPO DE VIDA (aproximado)
Mesopotamia	Entre el 3500 y 550 a.e.v. (tres mil años)
Harrapa (India)	Entre 2500 a.e.v. a 1500 e.v. (cinco mil años)
Egiptcia	Entre 3200 a.e.v. a 200 a.e.v. (tres mil años años)
Olmecas	Entre 3000 a.e.v. a 400 a.e.v. (dos mil seiscientos años)
Incas	Entre 1100 a.e.v. a la fecha (tres mil cien años)
Occidente	Entre el año 0 y hoy (cerca de dos mil años)

Fuente: Elaboración propia

Es sabido que desde el punto de vista evolutivo, el éxito en la vida consiste en la perdurabilidad o la capacidad de adaptación; traducido en el lenguaje de la medicina y la biología, consiste en la confluencia entre expectativas y esperanzas

de vida amplias, de horizontes extendidos. Pues bien, Occidente vivió, grosso modo, algo menos de 2500 años, si se tiene en cuenta que la Grecia clásica nace hacia el año 500 a.e.v., con el final de la Tiranía de los Treinta y la llegada de la democracia con los gobiernos de Solón y Pericles. La síntesis entre Grecia, Jerusalén y Roma se lleva a cabo en una historia tortuosa entre el año 0 de la era cristiana, y el año 380 cuando el emperador Constantino declara al cristianismo como la religión oficial del imperio romano en el famoso edicto de Milán. Hoy, la civilización occidental se encuentra moribunda. En contraste hubo, y hay aún civilizaciones mucho más longevas, lo que es, indudablemente, una clave de éxito o triunfo evolutivo. La muerte de Occidente es de tal magnitud que alcanzó a poner en peligro la supervivencia de la vida en general en el planeta. Occidente, en su ignorancia y males, casi lo logra; análogamente a Hércules que sabiéndose ya perdido y sin esperanzas decide morir, tumba las columnas del templo y fallece no sin llevarse antes consigo al mayor número de sus enemigos. El mito es conocido.

La salud es una sola. Es un error total dividir, así sea epistemológicamente, la salud mental de la

salud física. Ambas son una sola y misma cosa. Es más, dividir las agrava la condición de la persona a la que se está tratando. La vida es una unidad orgánica en toda la línea de la palabra. Pues bien, de la misma manera, algún padecimiento psicológico o emocional, por ejemplo, implica, así sea con grados y matices, dificultades físicas. Debemos poder ver la salud como una unidad orgánica, en evolución. Los sistemas vivos sólo pueden ser comprendidos efectivamente por vía de síntesis, en absoluto por medio del análisis.

La tesis mencionada se desarrollará a través de cuatro argumentos, de la siguiente manera: en primer lugar caracterizaré, en sus orígenes mismos, la estructura mental de esta civilización. Ello permitirá identificar la génesis de los problemas. El segundo argumento se concentra en los diagnósticos más importantes o graves o sobresalientes de la crisis y de la decadencia de Occidente. Este segundo argumento servirá como una especie de flash-back para el tercer argumento que es el núcleo de este trabajo, a saber: la identificación de las razones por las que, irremisiblemente, como una cuestión de facto, Occidente nace enferma. Al final se extraen algunas conclusiones. Esa será la ocasión para

presentar el cuarto argumento, el que sostiene que nos encontramos actualmente en la alborada de una nueva civilización y se suministran indicios. Se tratará de una conclusión abierta.



1. Caracterización de la estructura mental de Occidente

Sólo mucho después de existir, la modernidad se llamó a sí misma como tal. Si la modernidad nace cuando termina el Renacimiento, y adicionalmente se reconoce explícitamente que no hubo un solo Renacimiento sino varios¹⁴, la modernidad comienza en algún momento alrededor del año 1580. Vasari (2011) en sus *Vidas* habla del Renacimiento como tal, pero en la historiografía acontece posteriormente. En verdad, es el siglo XIX el que denomina al *Quattrocento* como tal. Y es al mismo tiempo también, consiguientemente, el siglo XIX cuando se habla de la modernidad y se denomina a sí misma de esta manera. Las épocas tardan en nacer, y tardan también en llamarse o en ser llamadas de una u otra manera. Análogamente a lo que acontece con muchas personas, una cosa es el nacimiento físico y otra, muy distinta, el nacimiento social o cultural o histórico.

14 Panofsky, E., *Renacimiento y renacimientos en el arte occidental*, Madrid: Alianza, 1983.

Dicho de manera general, los sistemas vivos son el resultado de numerosos relojes que trabajan al mismo tiempo. La vida y la salud no son otra cosa que el muy complejo proceso de sincronización entre esos numerosos relojes. Pues bien, podemos identificar sin dificultades diversidad de relojes, tales como: genético, molecular, inmunológico, endocrino, del sistema nervioso central, del sistema linfático, del sistema entérico, en fin, el reloj biográfico, familiar, social, económico, sexual, psicológico, y muchos más. Una civilización puede ser identificada como un sistema vivo.

Todo acontece, según parece, a posteriori, o también ex-post. No existe un momento puntual en el que se pueda decir que nace la conciencia de “Occidente” por sí misma, pero sin duda ello sucede en algún momento entre los siglos XVII y XIX a raíz de la circunnavegación, el nacimiento de las ciencias sociales y humanas, el descubrimiento y la traducción de los principales textos de la tradición védica, del budismo y el hinduismo, en fin, con el reconocimiento de la supremacía sobre otros pueblos, culturas y sociedades. Distintas versiones han sido consideradas (Blumenberg, 1966; Kittsteiner, 1992).

En contraste, sin ambages, Occidente nace de la conjunción entre Atenas, Grecia y Jerusalén; digamos, de manera puntual, entre hace 2500 y 2000 años. Atenas nace específicamente con el tránsito del período arcaico al clásico, con la transición del mito al logos, con el final de la Tiranía de los Treinta y el advenimiento de la democracia con los gobiernos de Solón y Pericles, en fin, con la llegada de la democracia, el abandono de los presocráticos y con la llegada de Sócrates y Platón. Aristóteles, como es sabido se encuentra como bisagra que conduce del período clásico al período helenístico, ya en la decadencia de Atenas.

La confluencia entre Jerusalén, Atenas y Roma da comienzo, propiamente dicho a la civilización occidental; esto es, específicamente, a una forma determinada de pensar, de vivir, de relacionarse con el mundo y el universo, de definir las cosas en general, de valorar todas las cosas.

Ello no implica desconocer que efectivamente existe la historia. Es decir, por tanto, que muchas cosas han cambiado desde alrededor del siglo V a.e.v y el año cero en la cronología habitual, hasta la fecha. La historia es la ciencia del cambio,

y como tal se gesta como disciplina aproximadamente con el nacimiento de la teoría de la evolución, que es, sin duda, la mejor teoría jamás desarrollada para pensar procesos, cambios, transformaciones. Por ser ciencia del cambio, de impermanencia, acaso precisamente por ello, como con acierto sostenía Ionescu —uno de los padres de la literatura del absurdo—, la mejor enseñanza de la historia es que nunca aprendemos de ella.

Sin embargo, análogamente a lo que acontece con la historia de los individuos, hay aspectos de nacimiento que marcan o permanecen, en ocasiones se agravan o acentúan así como también en otros momentos se eliminan o adquieren un valor secundario. Recientemente la epigenética ha llegado para poner de manifiesto que heredamos experiencias —no solamente genes— de hasta ocho generaciones, y que transmitimos también experiencias hasta ocho generaciones hacia adelante. Sin dificultades podemos pensar sensatamente que este lapso de ocho generaciones se ampliará en el futuro inmediato.

El tema de lo que constituye una estructura mental es, *prima facie*, uno de los objetos de la filosofía. Se trata del estudio de las creencias,

un tema que es más amplio de lo que parece. La condición mínima a partir de la cual los seres humanos actúan o dejan de actuar son sus creencias. Por definición, contradictoriamente a lo que pudiera pensarse, las creencias son irracionales. La racionalidad de las mismas viene luego, notablemente, de los procesos de justificación —esto es, por ejemplo, de argumentación, demostraciones y otros procedimientos de los cuales se ocupan, según el caso, la lógica, la metafísica, la filosofía de la ciencia, la metodología de la investigación científica, la psicología del descubrimiento científico—.

Grecia descubre la mente, el espíritu, en fin, al yo, al individuo, como se prefiera. Se produce entonces, de entrada el nacimiento de un “eterno bucle”, un proceso de auto-realización, que se condensa en el consejo del templo de Apolo en Delfos y que da lugar a todo el centro del pensamiento de Sócrates y de toda la historia subsiguiente hasta el día de hoy. Se trata del *gnothi seautón* —“conócete a tí mismo”. Esta idea permea a lo mejor de lo que es considerado como la sabiduría griega¹⁵. Se trata, dicho sin amba-

15 García Gual, C., *Los siete sabios de Grecia (y tres más)*. Madrid: Alianza Editorial, 1989.

ges, de una promesa que se cumple a sí misma. Al cabo, como lo pondrá de manifiesto por otro camino y en un contexto muy específico Gödel, se trata de un pensar eminentemente tautológico. Como observaremos, pensar a la manera de Occidente consiste en pensar tautológicamente. El predicado no le agrega nada al sujeto que ya no esté contenido en el sujeto. Occidente es, dio sin más, una idea que sólo se debe a sí misma. En esto, dicho grosso modo, consiste el descubrimiento de la mente, algo que se puede apreciar muy bien en ese estudio detallado y erudito de Snell.

Quisiera traducir lo que significa el “conócete a ti mismo”. En contraste con las comprensiones heredadas desde la Grecia antigua por la propia civilización occidental, con ese llamado se instaura la creencia –equivocada– de que los seres humanos son agentes del conocimiento. Dicho más exactamente que cada quien lo posee, y las cuatro figuras heroicas así lo explicitan: el sacerdote, el filósofo, el hombre de acción y el científico, respectiva, esto es, cronológicamente hablando. Sin la menor duda Descartes es quien nos permite expresarlo de la mejor manera.

No solamente se trata de la instauración del dualismo, lo cual por sí mismo ya es grave —el conocimiento de este lado, el objeto conocido del otro—, lo que puede expresarse de otras maneras, así: es la escisión entre sujeto y objeto; o también, entre el observador y el fenómeno observado—, sino, además y fundamentalmente, en la falsa asunción de que el sujeto es poseedor del conocimiento; como si éste fuera una posesión. No es gratuito que, contemporáneamente, mientras Descartes sostiene esta idea, el liberalismo de Hobbes y Locke, por ejemplo, erijan el derecho a la propiedad como un baluarte incuestionable y natural. Descartes, Hobbes y Locke no son aquí los argumentos; sirven como ilustraciones de una estructura mental que se anida desde los orígenes de la humanidad occidental.

La verdad es que los seres humanos no poseen ningún conocimiento. Lo buscan, lo persiguen, pueden estar abiertos a él, y a veces les llega a unos, en una expresión, y a otros de otras maneras. No hay, en modo alguno, una forma genérica de conocimiento que pueda decirse que es superior a todas las demás. Contra todas las apariencias y tradición, ni siquiera el conócete a ti mismo. Los demás terminan conociéndonos

mejor que nosotros mismos, y cada quien se conoce y se inventa a sí mismo en el curso de su propia historia o biografía. Ya García Márquez dijo cosas mejores y muy precisas en esta dirección.

Dicho de forma directa: los seres humanos como por lo demás los sistemas vivos en general, no poseen nada. Disfrutan de un entorno, aprovechan un oikos, pero no más. La única, la más alta posesión, es la vida misma, la cual es un muy complejo entramado de relaciones, encuentros, experiencias, aprendizajes, en fin, procesos y transformaciones. La idea de posesión es un muy distintivo rasgo humano, perfectamente erróneo. Sin la menor duda, esta idea se sienta y formaliza con Roma. No en otra cosa consiste el Derecho Romano. Digamos de pasada, aparte de este Derecho –si es que acaso puede ser considerado como un bien, o logro certero o favorable para la vida–, la única contribución de la Roma antigua al proceso civilizatorio fue la construcción y desarrollo de los acueductos. Por lo demás, sin simplificar el asunto, Roma pasa sin pena ni gloria ante la historia; tan sólo como un entresijo de anécdotas de tal o cual tipo. Un pueblo bárbaro que termina cayendo en manos

de otros bárbaros, dicho en su propio lenguaje. Ironías de la historia.

Pues bien, la estructura mental de Occidente no sabe de accidentes. Todo sucede según necesidad, y ni siquiera los dioses, en la concepción griega, escapan a la necesidad. El determinismo constituye el rasgo definitorio de la forma de vivir de Occidente. Mucho antes que Newton, mucho antes que Descartes. No en vano, todo está sometido a causas, y lo que debe hacer el buen conocimiento es conocer las causas. Es lo que se sistematiza con Aristóteles, pero que se remonta al papel de las Moiras; aquellas que tejen el destino, que cortan los hilos, en fin, que deciden la suerte que es inevitable. La causalidad, si me permiten la expresión, es el nombre elegante del destino.

La consecuencia de estos aspectos no se presta a dudas. Occidente nace como diferencia y en oposición a los que no son como ellos, denominados como “bárbaros”. Todo el que no sea como yo, será distinto, y puede ser considerado como enemigo. Una idea perfectamente distinta a la del extranjero o el peregrino. La historia de los bárbaros, por lo demás es perfectamente distinta a

lo que siempre se consideró. Europa –geográfica y culturalmente hablando– es en realidad el resultado de los bárbaros, siempre desechados¹⁶. Digámoslo en una palabra: se trata de la instauración de una estructura mental binaria, dualista, bivalente: o lo uno o lo otro. Yo siempre soy primero, todo lo demás es subsidiario y en realidad, al cabo, anecdótico e innecesario. Claro, con el tiempo, estas ideas van a expresar, como el liberalismo filosófico, la importancia de la libertad individual, como si fuera una señal indiscutible de progreso. No hay que olvidar que el liberalismo filosófico –Hobbes, Locke, Rousseau, y demás–, se gestó en el medioevo gracias a las Cruzadas. Una período de preparación larga y de incubación.

En fin, los elementos puntuales, muy bien documentados de la estructura mental originaria de Occidente pueden encontrarse notablemente en (Vernant, 1989; 1985; 1974; Détienne, 1981), además de los trabajos ya mencionados de Dodds y Snell. Disponiendo de un tiempo generoso de ocio, sería un disfrute elaborar la genealogía de

16 Heather, P., *Emperadores y Bárbaros. El primer milenio de la historia de Europa*. Barcelona: Crítica, 2010; Attali, J., *El hombre nómada*. Bogotá: Luna Libros, 2010.

esta mentalidad en un estudio al mismo tiempo filológico, de historia de las ideas y las mentalidades, de antropología, historia de las religiones y la propia filosofía. El ocio, aquello que los romanos impugnarán con vehemencia como señal de decadencia, y que será del agrado de la intersección con el pueblo hebreo. Desde entonces se impondrá el mundo del trabajo; trabajo y sacrificio, entrega y sacrificio.

Como se aprecia sin dificultad, el nacimiento de Occidente determina una muy definida estructura mental que será la base de todas las acciones, valoraciones y relaciones de Occidente —con el mundo entero, con el universo, y consigo misma. Al fin y al cabo, análogamente a lo que acontece con los seres humanos, la condición mínima para cualquier acción o movimiento son las creencias (*belief*) y las imágenes mentales que se hacen y pueden hacerse los seres humanos. Pues bien, esto es lo que acontece a fortiori con Occidente¹⁷.

* * *

17 Mondolfo, R., *El pensamiento antiguo. Historia de la filosofía greco-romana. I: Desde los orígenes hasta Platón. II: Desde Aristóteles hasta los neoplatónicos*. Buenos Aires: Losada, S. A., 1964; Kirk, G. S., y Raven, J. E., *Los filósofos presocráticos*. Madrid: Gredos, 1981.

Occidente, decimos, mucho más que una geografía es una estructura mental. Esta es la base del estudio que emprendemos aquí. Pues bien, el estudio de lo que constituye una estructura mental ha correspondido, históricamente, a la filosofía. Al fin y al cabo, la filosofía puede decirse que consiste en comprender la forma como las gentes piensan, lo que creen, y por derivación, asimismo, cómo piensan y viven los pueblos, las culturas, las sociedades. Por esta razón, hasta el momento, y hasta el final, la mayor parte de las referencias son de cuño filosófico. Este no es un reduccionismo disciplinar; antes bien, es la propia comprensión de lo más propio que es alguien, de lo más propio que hace alguien: sus creencias.

Ahora bien, a lo largo de la historia esta tarea de la filosofía —que no pretendo, en absoluto, decir que es la principal— se ha ampliado o complementado con otras ciencias y disciplinas. Y sin embargo, la idea de base permanece.

Pues bien, de acuerdo con un autor selecto, habría de pasar muchos siglos para que se volviera a descubrir la mente¹⁸. El siglo XX, para decirlo

18 Searle, J. R., *The Rediscovery of the Mind*. Cambridge, MA-London: The MIT Press, 1995.

de manera breve y directa redescubre la mente, según Searle, un redescubrimiento, sin embargo, que cuenta en una dirección perfectamente distinta: hacia la inteligencia artificial, hacia la vida artificial, hacia la racionalidad colectiva y la inteligencia de enjambre. Pero esta ya es otra historia. Y sin embargo, el estudio de la mente o de la conciencia asume una tesis que no admite ningún cuestionamiento. Se trata de lo que Searle denomina una “ontología de primera persona”; esto es, el papel, destacado, del observador. Como se aprecia, no terminamos de salir del primado del yo, precisamente porque el marco mismo va de suyo y no es cuestionado para nada: los idiomas indoeuropeos, que son distintivamente yoicos –un término que existe en filosofía para designar esa dimensión de donde brotan, aunque puedan ser acaso distintos entre sí, el individuo, el individualismo, el egoísmo, el solipsismo. Todos, variaciones sobre un mismo tema.



2. Diagnósticos de la crisis y decadencia de Occidente

Cuando Toynbee escribe esa obra única y vasta que es *Estudio de la historia*, en doce volúmenes, a lo largo de casi treinta años dedicada a la génesis, crecimiento y desagregación de las civilizaciones, ya ha sido precedido por el trabajo de Gibbon, originalmente publicado en 1764 sobre el auge y la decadencia del imperio romano. Sin embargo, el estudio más integral sobre la decadencia de Occidente fue el texto, ya sumamente popular en su época de O. Spengler (1976) acerca de la decadencia de Occidente, y que es, en realidad, una morfología de la historia. En otras palabras, una comprensión de la historia en términos orgánicos; todo, paradójicamente, cuando aún en la historiografía dominaba la idea de una “historia universal”.

Antes de Toynbee, al mismo tiempo, Hegel elabora la primera lectura integral del espíritu Occidental y la narra de diversa maneras, como insistiendo en la idea, y subraya la conclusión: la historia ha llegado a su final *como concepto* —con

la idea de libertad. Hegel narra este espíritu por vía del derecho, de la historia, de la fenomenología del espíritu o de la historia de la estética. Esta fue su verdadera obsesión, contra lo que usualmente se ha asumido.

Pues bien, la idea según la cual la historia ya concluyó como concepto resulta del mayor agrado del núcleo más conservador del fundamentalismo norteamericano, el grupo de los Halcones, pero que lo expresa de manera explícita Huntington y Fukuyama, que no es otra cosa que una lectura interesada después del colapso de la Unión Soviética y la caída del Muro de Berlín.

Sin embargo, bastante más inteligentes, mucho tiempo antes, los diagnósticos proceden originariamente de la filosofía; es decir, para decirlo con otras palabras, del conocimiento de la mente, o del espíritu, según se prefiera. Como es sabido, Marx elabora una crítica despiadada, es decir, radical, del capitalismo con un argumento único: la plusvalía, alrededor de la cual, pivotan y se teje la alineación del ser humano, la confusión entre el valor de uso y el valor de cambio, en fin, la génesis del sueño de la explotación del

hombre por el hombre y el paso del reino de la necesidad al reino de la libertad (una herencia claramente hegeliana), que es el comunismo.

Sin ser prolijos, en esta historia Nietzsche ocupa un lugar destacado, y manifiestamente más radical en el espectro de la crítica que Marx. La historia puede ser vista como un proceso de inversión de valores hasta arribar al nihilismo, y este proceso comienza, sin la menor duda con Sócrates y con Platón, los cuales inoculan la moral de los gregarios, los débiles, y la muy peligrosa de la voluntad de poder por encima de lo verdaderamente importante, que es la voluntad de vivir. El nihilismo consiste exactamente en esto: la superposición de los valores –los que se quiera– por encima de la vida misma. Desde un ángulo y otro Nietzsche (2000) hará de éste el hilo conductor de sus reflexiones, sus críticas, sus sarcasmos. Al cabo, contra la historia de 2000 años continuados y sostenidos de decadencia, Nietzsche propone una filosofía para los próximos centenios. Si amamos al ser humano, hay que destruirlo, lo cual quiere decir exactamente que debemos superar la historia acontecida para hacer posible una nueva fase de la humanidad.

En una profunda atmósfera de crisis, emerge el psicoanálisis con Freud. Podemos decir aquí, a título sumario, que este nace con el propósito de ayudar a los individuos a superar profundos estados de malestar una de cuyas causas principales se encuentra en la cultura. Todo parece indicar que los seres humanos han sobrellevado una vida de represiones, negaciones, desplazamientos, y eliminación de la gratificación de vivir. Sólo el amor y el trabajo, sostiene Freud, puede liberar a los seres humanos de su pasado. Por el amor, se entiende una relación centrada en torno a la libertad y la armonía, y por el trabajo, cualquier cosa menos alienación, obligatoriedad y sometimiento. La solución de Freud es, en cualquier caso, sólo individual. Habrá que esperar, entre otros, a Reich para que la dimensión social o colectiva sea incorporada en el psicoanálisis.

Padre de la filosofía fenomenológica, Husserl (1974) escribe ya hacia el final de su vida un libro importante en el que señala que la crisis de la humanidad coincide, plano por plano, con la crisis de las ciencias europeas. Ciencias de hechos hacen hombre de hechos, dice literalmente. Sin embargo, en unas lecciones dictadas en

los primeros años de la década de 1920, pero publicadas póstumamente, Husserl elabora el diagnóstico de la crisis más atrás, situando sus orígenes en la Grecia clásica. La filosofía fenomenológica puede y debe cumplir una función liberadora de la pérdida del mundo de la vida y de la capacidad de trascendencia de la conciencia humana. Esta capacidad pasa, medularmente por el cambio de actitud hacia el mundo, hacia las ciencias, hacia el propio conocimiento. Los últimos años de Husserl, judío de nacimiento y perseguido por el nacionalsocialismo, estarán dedicados a una reflexión sobre la crisis espiritual de la humanidad y las vías para su solución. El diagnóstico final al que llega no admite dilaciones: Europa está cansada.

Pues bien, asistente de Husserl durante muchos años, Heidegger asiste, al mismo tiempo, a la crisis europea y a las reflexiones de su maestro, contra el cual, muy pronto se rebelará. Heidegger elabora uno de los diagnósticos más finos y agudos. Se trata de su obra capital, publicada en 1927, *Ser y Tiempo*¹⁹. Dicho de manera franca y directa, la historia de la humanidad consiste en el olvido del ser. Los orígenes de este

19 Heidegger, M., *Sein und Zeit*. Tübingen: Max Niemeyer-Verlag, 1986.

problema se remontan hasta Parménides y Heráclito, a los cuales dedica varios seminarios que serán publicados como libros. El olvido del ser no es otra cosa que la banalización de la existencia humana, la pérdida de la capacidad de pensar –debido al predominio de cosas como la ciencia, las técnicas y acaso la propia filosofía–, y el hecho de que los seres humanos se ven arrastrados por el peso del tiempo. Al final de su vida, si bien antes ha dicho que la solución puede encontrarse en el arte, Heidegger declara, rendido: sólo un dios podrá salvarnos.

Dicho grosso modo, los diagnósticos sobre la crisis sistemática de Occidente tienen lugar a partir de la segunda mitad del siglo XIX, cuando justamente se configura el Estado-nación alrededor del mundo, triunfa la revolución industrial, la burguesía se hace dueña del mundo definitivamente y asistimos al nacimiento institucional del liberalismo, en toda la línea de la palabra. Koselleck, el autor más importante de la llamada escuela de Bielefeld (2007), ha escrito un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués centrado en torno a los cruces entre crítica y crisis. Esta crisis, que coincide exactamente con la historia de la modernidad hasta cuando el

autor alemán escribe su texto en 1954, identifica los orígenes del ascenso indiscutible de la burguesía con el nacimiento del Estado absolutista; por consiguiente, con todas las guerras religiosas sobre las cuales los escritos son numerosos, hasta llegar, naturalmente, a las dos guerras mundiales.

En el entresijo, a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX asistimos al final del imperio de los Habsburgo, la crisis de la Belle Époque, la posterior muerte de la mayoría de dinastías, el triunfo definitivo de la burguesía como estructura mental y de vida dominante²⁰.

La historia de la crisis no admite ninguna duda. Sin embargo, en ella, un capítulo propio lo ocupa el revelador trabajo de Diamond (2006) de acuerdo con el cual, hay sociedades enteras, pueblos, y *à la limite*, incluso civilizaciones que colapsan, es decir, que fracasan total, sistémica, irreversiblemente. En este sentido, no hay que olvidar, en manera alguna, que Diamond es de base médico, y que sus trabajos a través de diversos campos como la historia y la geografía están marcados

20 Johnston, W. J., *El genio austrohúngaro. Historia social e intelectual (1848-1938)*. Oviedo: KRK Ediciones, 2009.

por sus estudios sobre medicina y biología evolutiva. Digámoslo de manera directa: todos los libros de Diamond, que es el primero que llama abiertamente la atención sobre el colapso de sociedades y culturas, están permeados por un sólido conocimiento sobre medicina y teoría de la evolución.

La crisis se expresa en todos los dominios. En la economía, tanto como en política, en la historia y en la crisis medioambiental en curso. Adicionalmente, a todas luces, se trata de una crisis de la vida cultural. Barzun²¹ escribió un estudio singular sobre la decadencia cultural, en evidente curva de descenso, de los conocimientos, formas de vida, estilos de vida, gustos, valores, y demás constitutivos de la modernidad. Esta referencia a Barzun sirve para una aclaración. Un grupo muy destacado de críticos de la modernidad son medios conservadores y ultramontanos que, en realidad, lo que pretenden es un regreso a la Edad Media. Es decir, existen muchos trabajos críticos con el estado actual de cosas y con la crisis de los últimos siglos, que en realidad, abierta o tácitamente, buscan una recuperación

21 Barzun, J., *From Dawn to Decadence. 1500 to the Present. 500 Years of Western Cultural Life*. New York: HarperCollins, 2000.

de estructuras mentales y de poder propiamente medievales. Esta advertencia tiene sencillamente un valor cautelativo. Ahora, sería injusto hablar de la visión cultural de Occidente o de la modernidad sin referir al valioso trabajo de Clark (2005). De acuerdo con él, numerosos imperios en la historia sencillamente no hicieron ninguna contribución al proceso civilizatorio de la humanidad. Es el caso, notablemente de España –aunque en la traducción al español Clark, si no se desdice sí marca un notable matiz al respecto²². En este sentido, los Estados Unidos habrán pasado a la historia simple y llanamente como la sociedad del espectáculo, de acuerdo con varios trabajos.

Al mismo tiempo, es preciso señalar expresamente la existencia de diagnósticos globales, como algunos de los mencionados, pero también numerosos otros diagnósticos particulares; por ejemplo, de tipo económico, sobre ecología y medioambiente, sobre límites planetarios, sobre oceanografía y aguas dulces –limnología, dicho en lenguaje técnico–, pero también de tipo antropológico y etnográfico. La bibliografía sobre

22 El libro de Clark aparece originalmente en 1969, con varias ediciones posteriores. La primera traducción al español es de 1974.

la crisis, más amplia o restringida, es verdaderamente abundante, hoy en día.

En cualquier caso, debe quedar claro que el objetivo de este capítulo no es el de elaborar un estado del arte sobre la crisis y el final de Occidente. Un trabajo semejante puede ocupar, sin la menor duda, varios cientos de páginas. Se trata, antes bien, de poner suficientemente, a plena luz del día, sin prejuicios y con fuentes provenientes de distintas direcciones, un hecho: la crisis a la que asistimos es bastante más que la crisis del sistema de libre mercado –lo cual es evidente–; bastante más que la crisis de la estructura mental de la burguesía y su predominio sobre el mundo –lo cual no se presta a ninguna duda–; mucho más que la crisis de la modernidad, sobre lo cual abundan también numerosos trabajos.

Valiosos, necesarios, trabajos sobre la crisis actual tienen el riesgo de que no permiten entender que la misma se incubó desde los propios orígenes de esta civilización, y que en el curso de la historia, sencillamente se agravaron, como usualmente sucede con casos clínicos serios que desarrollan con el tiempo otras patologías. Di-

gamos que patologías congénitas pueden empeorar y dar lugar a otros males y padecimientos cuando no han sido diagnosticados y tratados a tiempo, y cuando entonces resulta ya muy tarde porque no hubo, en ningún sentido de la palabra un tratamiento preventivo.

Digámoslo de forma clara y directa: lo que pareciera un motivo intelectual –la crisis de una civilización– no es en realidad más que el señalamiento de que lo que está en juego es todo un sistema de vida. Occidente produjo mucho sufrimiento humano en su historia, y llegó al punto de amenazar la existencia de la vida misma en el planeta como un todo. Literalmente, Occidente le robó la historia a otros pueblos, culturas y civilizaciones²³, suprimió de un tajo, literalmente, su memoria y tradiciones, y depredó la naturaleza y las sociedades por igual. Occidente fue, sin más ni más, el egoísmo en la historia oficial, y por definición, única.

Identificar la estructura mental es una tarea que parece fácil, pero que es difícil por diferentes circunstancias. La negación por parte de la otra persona, sus juegos, sus propias confusio-

23 Goody, J., *op. cit.*

nes, y de esta parte, las limitaciones, y muchos otros factores. No obstante, sí es perfectamente posible elaborar un primer diagnóstico de entrada. Habitualmente, este se va completando a medida que hay más encuentros, o más análisis y estudios. La sintomatología y la semiótica de la salud y la enfermedad constituyen verdaderos pilares en la medicina; tanto como en la filosofía; por ejemplo.

Este texto, más que una metáfora, elabora una analogía. Pero para ello el punto de partida es la identificación de la estructura mental del paciente: Occidente. La estructura mental es, como se aprecia por lo que precede, una interconsulta entre la filosofía, la lingüística, la antropología, la historia –de las ideas, las culturas y las mentalidades–, y la filología.

3. Occidente nació enferma: evidencias

Siete argumentos sirven como evidencias de que Occidente nació enferma. Estos son: la ecuación ser humano-naturaleza, el dualismo, el monoteísmo, la trascendencia, la causalidad, la idea de jerarquías, y el error del monoteísmo. Cada argumento será presentado y justificado debidamente. Antes que concebirlos de forma lineal o secuencial o jerárquica, estos argumentos se encuentran fuertemente conectados entre sí y así deben ser entendidos, como una red. El resultado de esta combinación inseparable de uno con otro ofrecen una conclusión inescapable: Occidente enfrenta un cuadro de enfermedad sistémica. Así nació.

Antes de presentar las evidencias, vale subrayar un hecho: Occidente jamás supo de vida ni, subsecuentemente, de salud. Siempre sólo supo de enfermedad. La razón de ello no es difícil de identificar: sólo supo de enfermedad porque, al fin y al cabo, explícita o tácitamente, se trató siempre, todo, de ella misma; específicamente,

de su propia enfermedad. Le interesó cuidarse, prevenirse, intervenirse, entenderse de la mejor manera posible, y ella creyó siempre que esto sólo era posible por vía analítica. Las evidencias que abordamos a continuación serán leídas en clave médica. Es decir, cada una cumple la función de atender problemas muy serios que ella padecía y padeció siempre.

Occidente fue siempre reactiva. Debido a sus malestares, dolores y patologías tuvo pequeños momentos de alegría. Mencionemos sólo uno, pues no es éste el principal motivo de este estudio: el Renacimiento. El *Quattrocento* fue uno de los pocos momentos de felicidad que conoció. Pero, por definición, fue sólo eso: un momento. Occidente siempre descreyó de la felicidad, supo de ella y la buscó, pero, al cabo del tiempo, terminó confundiéndola con la posesión de cosas y el consumo. Felicidad efímera y desgraciada, en verdad.

Cabe mencionar algunas de las consecuencias del conjunto de enfermedades de Occidente: un estilo de vida perfectamente patológico caracterizado por el consumismo, la depredación de la naturaleza, el robo de historias, la obsesión por

el crecimiento económico –que no es otra cosa que la traducción de un afán expansionista–, la obsesión compulsiva por la eficiencia, la eficacia, y el cortoplacismo, la creencia que la felicidad, como la salud, y la propia vida, estaba afuera, o en otro tiempo, o en otro mundo. Jamás supo deleitarse con la vida. Primó siempre una concepción sacrificial de la existencia. Por ello mismo pasó de la adoración de los íconos a la adoración de las mercancías. Semióticamente, lo mismo.

Pues bien, la forma como serán presentados los argumentos obedece a un afán lógico o, si se quiere, igualmente, pedagógico.

Los diagnósticos sobre los problemas, sistémicos y sistemáticos de Occidente son recientes, pero todos son muy críticos y variados. Uno de los primeros fue el de O. Spengler. *La decadencia de Occidente*, pero ya antes le había precedido Nietzsche y el acuse del nihilismo. Están los trabajos de Heidegger sobre el olvido del ser, de Husserl y la crisis de las ciencias europeas, de Lévinas y el problema del rostro y el tiempo, para ni mencionar el descubrimiento del colapso de culturas y sociedades por parte de J. Diamond, la crisis cultural desde el Renacimiento

hasta hoy de J. Barzun, y muchos otros. Ese no es el propósito de este texto, a saber: elaborar la historia clínica de la decadencia y final de Occidente. Ese sería el objeto de otro trabajo.

Aquí, de manera puntual, se trata de entender una idea básica apelando a aproximaciones desde la ginecología y la pediatría combinadas: Occidente nació enfermo. Se estudian las razones de este hecho.

3.1. La ecuación ser humano-naturaleza

El primero y más grave de todos los indicios patológicos de Occidente consiste en el hecho de que esta civilización concibió al ser humano como superior y ajeno a la naturaleza. Se trató, por primera vez en toda la historia de la humanidad, de un modelo distintivamente antropológico, antropomórfico y antropocéntrico del mundo y la realidad. Creer que el ser humano: a) es superior, y b) diferente a la naturaleza trajo consigo desastrosas consecuencias. La más grave de todas fue la sexta extinción en masa, el calentamiento global, la crisis climática. En una palabra, el trabajo con y la identificación de los límites planetarios, sus riesgos y peligros. Naturalmente,

otras consecuencias, numerosas siempre, pueden presentarse; entre ellas, la destrucción sistemática de otras culturas, pueblos y civilizaciones en nombre de los valores, principios, cosmovisiones y formas de relacionamiento occidentales.

Que la humanidad sea la medida de todas las cosas, en cualquier acepción o significación del tema, se tradujo en numerosos otros problemas; por ejemplo, la creencia en el “yo”, que Occidente jamás terminó de justificar enteramente; la relación con la naturaleza en términos de medios a fin en el sentido de que la naturaleza fue concebida como medio o instrumento para beneficio de los intereses, fines y necesidades humanas. Ulteriormente, ya en el plano social o humano, se concibió a los otros como medios igualmente, es decir, como recursos humanos” (*horribile dictum*), análogamente a como la naturaleza consiste en un conjunto de “recursos naturales”.

Digámoslo sin ambages: el yo no existe, y si es una especificidad, en el mejor de los casos exclusivamente de las lenguas indoeuropeas, el mismo no es, en absoluto universal. En el espectro amplio de la familia de lenguas humanas, las indoeuropeas constituyen tan sólo una rama, y

ciertamente no la más amplia, aunque acaso sí pueda ser la más diversificada. Valdría compararlas, por ejemplo, con la familia altaica, las amerindias o la afroasiática y la congo-kordofan, por ejemplo, para ponderarla idóneamente.

El yo es, simple y llanamente una creencia. Hay pueblos que creen en el yo, como otros creen en otras cosas. Con todo y el reconocimiento explícito, evidentemente, de que las creencias son determinantes en las actuaciones de los individuos y las sociedades. Mencionemos dos ejemplos puntuales.

En primer lugar, tan sólo a partir del siglo XVII se introdujo la creencia según la cual la realidad existe y es independiente del sujeto. Nunca antes había existido esta creencia, pero ella ha resultado dramática en la historia de los últimos cuatro siglos. Aunque parezca trivial, hay creencias nefandas. Parfit, un autor importante, ha elaborado un estudio, como nunca nadie más, acerca de creencias –también las llama teorías– que se derrotan a sí mismas (*self-defeating theories*), y que sólo tienen un interés en sí mismas (y no en el mundo o en aquello a lo que refieren) (*self-interest theories*). Se trata, para decirlo en

otras palabras, de teorías auto-referenciales, o también, de teorías tautológicas. Gödel puso suficientemente el dedo sobre este hecho: esta clase de teorías fueron las predominantes en la historia de Occidente. Se trató de las presunciones de teorías completas, teorías unificadas (*grand unified-theory*), en fin, incluso –y esta pretensión raya con rasgos claramente psicóticos– teorías de todas las cosas (*theories of everything*)²⁴.

Abordémoslo de pasada: frente a estas pretensiones –si no delirios–, han existido pueblos y culturas bastante más relajadas, digamos, con respecto a esa pretensión que se deriva de la creencia en el yo. Entre los inuits, por ejemplo, las gentes cambian de tanto en tanto su nombre para inventarse con regularidad a sí mismos y para evitar anquilosarse en una sola faceta de la realidad. Hay culturas y civilizaciones que saben de indeterminación o de horizontes esencialmente abiertos, tales como los aymaras. En fin, basta con recordar que, de acuerdo con la antropología, esa ciencia que se inventa un mundo colonialista y de pretensiones imperiales, contradictoriamente, cada pueblo se asume a sí mismo como el centro

24 Barrow, J. D., *New Theories of Everything. The Quest for Ultimate Explanation*. Oxford: Oxford University Press, 2007.

del universo. Con lo cual, el resultado no puede ser menos evidente: existen numerosos centros en el mundo, y ninguno es más determinante que los demás. Al cabo, en la arena de las ciencias y las disciplinas, la antropología, análogamente a lo que aconteció con la historia, se convirtió en una ciencia “políticamente incorrecta”.

Como quiera que sea, en cualquier caso, la razón de ese mal puede ser puntualmente expresada en términos de una ecuación, así:

$$\text{ser humano} = 1/\text{naturaleza}$$

la cual no presenta ninguna dificultad y puede así ser sintetizada de forma adecuada.

El antropocentrismo, antropologismo y antropomorfismo consistentes en reducir cualquier imagen del mundo y la naturaleza a un espectro acorde a la justificación de los intereses, autoimagen necesidades y debilidades que el ser humano tuvo se tradujo en un afán de control. El ser humano pretendió: i) conocerlo todo; ii) poderlo todo; iii) controlarlo todo. La historia de Occidente pivotó o se definió absolutamente por un afán de control –en toda la línea de la pa-

labra. Así nació esta civilización, y así permaneció siempre. Con el tiempo, ese afán se hizo cada vez más compulsivo, enfermizo, catastrófico.

A la postre, Occidente jamás vio a la naturaleza; sólo se vio a sí misma como reflejo en la naturaleza y el universo. Y de consuno, convirtió a otros seres humanos, otros pueblos, culturas, sociedades y civilizaciones en “naturaleza”; es decir, en medios e instrumentos, cuyo único fin era ella misma: Occidente.

En efecto, la traducción de esta ecuación en términos sociológicos, históricos y antropológicos consiste en el hecho de que el tipo de vida europeo y norteamericano definió quién era naturaleza, y lo trató correspondientemente como medio o instrumento, como carente de alma, en fin, como objeto o cosa. Este fenómeno puede remontarse hasta las distintas Cruzadas en contra de los moros y los gentiles en el medioevo, o en las numerosas guerras, globales o locales que directamente animó, o que impulsó y apoyó de forma indirecta.

La historia de esta primera evidencia se traduce, específicamente, en toda la historia de las Cruzadas, el colonialismo, el neocolonialismo, los impe-

rialismos, las invasiones, la conquista, las re-conquistas y demás. En otras palabras, se subsume aquí toda la historia de numerosas vejaciones y destrucciones cuyo costo es perfectamente incalculable, en cualquier sentido. Todo ello constituye un tema sobre el cual jamás Occidente, en sus 2000 años de historia, presentó disculpas, nunca llevó a cabo una auto-crítica, jamás reconoció haberse equivocado. Y es que este es el rasgo más crítico y patológico de esta primera evidencia: Occidente, que nació de un muy profundo sentimiento de culpa, jamás pudo aceptar su propia culpabilidad antes los vejámenes cometidos alguna vez.

En fin, como es sabido, Occidente es el resultado de la síntesis entre Atenas, Jerusalén y Roma. Muy aproximadamente, es una civilización de 2000 años. Hay que decir que el antropocentrismo no existía en la Grecia arcaica, y que surge en el período clásico de la Grecia antigua. Será la conjunción con Jerusalén y Roma la que convertirá un rasgo particular en una característica general.

3.2. Una mentalidad dualista

Ya de entrada, el modelo de mundo antropológico, antropocéntrico y antropomórfico es distin-

tivamente binario o dualista. Así es su estructura mental, específicamente dualista, de ahí “griegos-bárbaros” que se expresará igualmente como “Roma-bárbaros”, hombre-mujer, ser humano-naturaleza, la perspectiva distintivamente geocéntrica-resto del cosmos, y así sucesivamente. Hay que advertir inmediatamente que el dualismo occidental no tiene absolutamente nada que ver con una lectura superficial del Yin-Yang. Como es sabido para una mente educada, el Yin y el Yang son complementarios, no binarios.

Si cabe trazar una breve genealogía de esta segunda evidencia, ésta puede identificarse, sin dificultad, un tiempo antes, en el maniqueísmo de alguna religión y pueblo de Mesopotamia. Hay factores congénitos en los males de Occidente, y éste es uno de ellos. Con todo y que, como es efectivamente el caso de acuerdo con Snell y Dodds, existen algunos rasgos que son exclusivos de Occidente –literalmente, mutaciones genéticas– que le son singulares, y no de otros pueblos o culturas anteriores.

El dualismo tiene muchas expresiones, al mismo tiempo que justificaciones. Entre ellos, cabe destacar, por ejemplo, centro-periferia, lo nece-

sario y lo contingente, lo sustancial y lo accidental, que tan determinante es en toda la filosofía aristotélica y en sus secuelas en la historia, o la distinción entre lo real y lo aparente, presente ya en los fundamentos mismos en la Escuela Eleática –Zenón de Elea, Parménides y Melisso de Samos– y tan bien acogida por Platón y todas las variantes de platonismo. El más fundamental es el mito del comienzo originario.

En verdad, una visión fundada en valores binarios: ser humano-naturaleza, cielo-infierno, dios-diablo, es eminentemente maniquea, habrá de permear toda la historia subsiguiente; por ejemplo en la forma del que “el que no está conmigo está contra mí”. Toda la historia de violencia en todas sus expresiones tendrá como justificación, por lo menos implícita, el principio de no-contradicción, fortalecido por el principio de tercero excluido, formulados ya desde los orígenes por la filosofía de Aristóteles. De manera distintiva, Occidente cree en la identidad, y ésta es eminentemente a-histórica; las identidades no saben de cambio o transformaciones. Al cabo, termina conduciendo a visiones fundamentalistas en toda la extensión de la palabra. Occidente

siempre fue fundamentalista; ya sea en términos filosóficos, religiosos, políticos u otros.

Digámoslo de manera puntual: ser occidentales; esto es, la estructura mental que es Occidente, es distintivamente psicótica, esquizoide. Un juicio certero y puntual. A lo largo de su historia, el enorme peligro consistió en que Occidente convirtió en unos casos –o quiso transformar, también en otros– a distintas culturas en maniqueas, binarias, bivalentes, dualistas, en fin: psicóticas. Occidente quiso enseñar que era normal ser esquizoide; y mucha gente así terminó por creerlo –casi siempre, acríticamente.

La psicosis resulta de distintas enfermedades, tales como la esquizofrenia, caracterizada por alucinaciones, mucha agitación, un lenguaje incoherente, pérdida del sentido de la realidad –es decir, de la naturaleza–, total desapego o indiferencia afectiva y emocional con los demás, creencias falsas, delirios (por ejemplo de grandeza; megalomanía u oligofrenia). Culturalmente hablando, y sin ambages, se trata de la incapacidad, para Occidente de convivir con la naturaleza, y entonces, por ejemplo se disocia de ella. No en última instancia, es la total ausencia de empatía, compa-

sión, conmiseración. Digámoslo de manera precisa y puntual: se trata de un mal orgánico.

Una derivación importante de la mentalidad dualista occidental que, por lo demás, se refuerza con la idea de jerarquía, es el desarrollo en toda la línea de la palabra de una visión patriarcal del mundo. Dios, único y revelado, será nombrado como hombre, la imagen de la masculinidad se instaure, y la mujer –y cualquier otra realidad social– aparece enteramente supeditada a él, desplazada, en fin, negada. Quizás la última vez que, antes de Occidente, alguna diosa tuvo verdadera importancia fue cerca de 2500 años antes, en Mesopotamia, con la diosa Inanna. Entre ese momento y el nacimiento de Grecia, cualquier deidad femenina es sencillamente eliminada e instaurada una visión patriarcal. Apenas, al final de Occidente, en el siglo XXI, habrá plena conciencia de este problema, llevándose a cabo una crítica del mismo en toda su extensión. Pero esta conciencia no es, en absoluto, el resultado de un flash de lucidez por parte de Occidente. Por el contrario, se trata de uno de los elementos evidentes de una nueva civilización que está emergiendo (y sobre lo cual trataremos en las conclusiones).

De manera distintiva, la filosofía, la ciencia y el arte —esto es: aquellas expresiones de estas esferas que forman parte de lo que puede considerarse como el canon occidental, o algo así como la historia oficial de Occidente, o incluso, también, como parte de la historia universal (tres expresiones habituales pero confusas y, al cabo, erróneas, pero que usamos aquí simplemente para efectos de comunicación), son binarias, maniqueas, bivalentes o dualistas. Occidente negó y ocultó otras artes, otras estéticas, otras cosmovisiones que no fueran acordes con la suya. Apenas, muy recientemente, estamos recuperando, aun incipientemente, otras expresiones culturales —en el sentido al mismo tiempo más fuerte y amplio de la palabra—, estas otras expresiones. La lista sería amplia, pero incluiría, por ejemplo, a las medicinas no occidentales, los saberes no tradicionales, y muchos otros.

Ahora bien, la recuperación de estos otros saberes comporta, en algunos casos, la total anatematización por parte de la racionalidad occidental; y entonces, por ejemplo, la muerte profesional (de médicos, de antropólogos, de sociólogos, de economistas, y demás). Occidente está moribundo; pero es todavía predominante. Y como los

toros de lidia que están muriendo, es entonces cuando más peligrosos se vuelven (ante el desespero, ante la finitud, ante la impotencia).

Con todo, durante 2500 años el dualismo y la visión jerárquica producen y se refuerzan a sí mismos, a la vez, como el predominio de la voz “él”, sobre la voz “ella” y cualquier otra. Un profundo sentido de malestar. Occidente nació con un malestar de vivir, debido al dualismo. Occidente nunca supo vivir verdaderamente, aunque sí supiera y enseñara, a su manera, cómo morir.

3.3. Estructuras jerárquicas

Concomitante con una comprensión binaria del mundo y la realidad, Occidente afirmó las jerarquías como un hecho natural y necesario. La génesis de esta estructura mental descansa, enteramente en la preeminencia del ser humano sobre la naturaleza, y la idea, sencillamente patológica, de dios —o los dioses, como se prefiera—, son a la manera del ser humano, punto.

De todas las religiones habidas en el mundo, el cielo fue concebido y presentado como constituido por jerarquías: dios, arcángeles, ángeles, san-

tos, querubines, y así en escala descendiente, por ejemplo. La totalidad del universo, la estructura del conocimiento, la forma de organización de la sociedad son todos, concebidos jerárquicamente; esto es, vertical o piramidalmente. Las organizaciones políticas, el Estado mismo, la Iglesia, las universidades y las corporaciones, los ejércitos y la policía, los partidos políticos, las empresas y la mayoría de organizaciones sociales tradicionales fueron concebidas y estructuradas jerárquicamente. Al cabo, se terminó creyendo que las jerarquías son fenómenos naturales e inevitables; un craso error.

Las jerarquías implican y establecen entonces, distancias, formalismos, toda clase de algoritmos y ritos, por definición, perfectamente autorreferenciales. El lenguaje mismo acaba por organizarse en torno a esas numerosas jerarquías, y haciendo creer que son necesarias. Toda una proxiémica se erige en torno a las jerarquías, y para quienes no forman parte de ellas se confunde la función con la persona. Así, los papas terminan siendo infalibles, los reyes y monarcas deidades, los presidentes y dictadores objeto de adoración. Las gentes terminan aceptando a los jefes y las autoridades y con ellos se relegan a sí mismos

en sus capacidades y posibilidades. Toda una arquitectura se configura a esta visión del mundo y el universo, independientemente de su carácter secular o religioso. De acuerdo con esta visión, el mundo no puede leerse de la misma manera de arriba hacia abajo, que de abajo hacia arriba. Al cabo, la historia de Occidente termina siendo la historia vista “desde arriba”, jamás “desde abajo”. Eso es lo que se enseña, de manera atávica y acrítica desde el colegio hasta la universidad. Se requerirá de un enorme esfuerzo de estudio y mucho espíritu de independencia para poder tomar distancia de esa visión predominante.

Hacia el final de su existencia, Occidente hace de las jerarquías un ethos universal en esa forma conspicua que es la sociedad del espectáculo y el delirio de la fama; esto es, el reconocimiento y la exaltación del yo. A. Wharhol hablará con mucha lucidez de los “quince minutos de fama” que cada quien podrá tener. Vanidad de vanidades. Es cuando asistimos a la exacerbación del yo –ya sea como figura individual, o bien, igualmente un yo institucional o institucionalizado, una de cuyas expresiones últimas es “la imagen corporativa”–; pero cabe hablar también de la “marca país” y otras expresiones semejantes.

Esta organización del mundo y el universo de forma piramidal afectará de manera radical la idea incipiente de democracia concebida originalmente por la Grecia antigua. Muchos siglos después, cuando se configura el Estado-nación, su estructura será jerárquica y perfectamente analítica –compartimentada, por ejemplo con la ayuda del derecho administrativo–, y la democracia será entendida y gestionada de forma jerárquica o representacional. Estas confusiones y problemas conducirán a un fenómeno patológico: la deslegitimación del Estado por parte de sí mismo, la desinstitucionalización de las instituciones por parte de sí mismas. Quisiera decirlo de manera radical: la democracia griega sólo existió en la Grecia antigua. Todo lo demás fue un nombre, una mera palabra. Al cabo, la democracia jamás llegó a existir plenamente en la historia de Occidente, a pesar de lo que ella se dijo a sí misma, y llegó a crear, consecuentemente. Quizás quiso haber otras formas de democracia, pero el *demos* fue siempre supeitado bajo la impronta de la *autoritas*.

Exactamente en este sentido, se impuso desde siempre una canónica del pensamiento, una canónica de la existencia. La figura medieval de: *nihil obstat*, de un parte, y de otra, consiguien-

temente, el *imprimatur*, constituye una de las expresiones mejor acabadas de aquello en lo que consiste una visión jerárquica. En otras palabras, hubo un tipo de pensamiento que se podía aceptar, y otros que era menester dejar de lado. Las jerarquías siempre son canónicas; lo oficial y lo no-oficial, notablemente. Hay numerosos funcionarios y empleados que –perfectamente psicóticos– dicen así: “voy a hablar a título personal, no a título institucional”. Esta psicosis es generalizada, y aceptada como algo que va de suyo.

Una forma de vida llevada a cabo en términos de jerarquías termina abriendo de par en par las puertas para un tipo de existencia fundada en el miedo. Y la verdad es que Occidente es una civilización con muchos miedos²⁵: miedo a la muerte, al extranjero, a las enfermedades, al desamor, al sufrimiento, al miedo, por ejemplo. Vivir con miedo no es saber vivir, y al cabo, Occidente jamás supo de un “vivir bien”, un “saber vivir”, pues desplazó la existencia hacia su entrega: a la Iglesia, al partido a la empresa, al mercado, a las deudas, y demás. Los análisis y estudios al respecto son amplios y prolíficos.

25 Delumeau, J., *El miedo en Occidente*. Madrid: Taurus, 2002.

Sólo al final Occidente, desde una de las más importantes catedrales que tiene, la *London School of Economics*, descubrirá, de un lado mirando a Bután, que la felicidad existe y puede ser objeto de un programa de Estado y de gobierno. Lo que olvida es que Bután es un país budista; que es cuando las políticas públicas se disocian de la antropología, la sociología y la historia. Y de otra parte, mirando a los pueblos andinos, descubre el *suma qamaña* y el *sumak kawsay*, que nos permiten aprender acerca de vivir bien y saber vivir. Nuevamente, cabe apreciar aquí, una vez más, una de esas ocasiones cuando la economía y la ciencia política ignoran a la cultura, la antropología, la etnografía, la lingüística y la filología, y la historia, especialmente.

La estructuración de la vida social de forma jerárquica pondrá de manifiesto esa enfermedad que es la burocracia, con la separación entre base y cúspide de la pirámide, mediando entre ambos extremos todo el verdadero sustento de las costumbres y los poderes de toda índole. Un sociólogo del siglo XX arrojará luces al respecto; pero ya cuando toda una historia de más de 2000 años a transcurrido incólume. El concepto

subterráneo más importante de la vida de Occidente es el de enemigo; y ello se traduce en la guerra como un estilo de vida. Las guerras implican jerarquías.

Incluso, en numerosas ocasiones, movimientos alternativos de uno u otro tipo, contra algunos aspectos de la historia de Occidente, terminaron siendo igualmente jerárquicos, y traicionando así afanes revolucionarios con una u otra bandera. Esto muestra la dificultad de transformar una estructura mental ya marcada, desde sus orígenes muy fuertemente, en este caso particular por la creencia que las jerarquías son buenas, necesarias e inevitables. Un error sencillamente mortal, irreparable. Una visión semejante olvida que en la naturaleza las jerarquías no existen.

Una nueva civilización, posible en el futuro inmediato, sabe, por el contrario, de aspectos tales como simbiogénesis, holobiontes, cooperación y ayuda mutua, ecología, biología de sistemas, epigenética, ómicas, evo-devo y también eco-evo-devo, eusocialidad y otros aspectos próximos y semejantes. Pero este ya es tema de otro texto aparte.

3.4. La creencia en la causalidad

Una de las creencias más importantes de la humanidad occidental es aquella que afirma la existencia de causas y que la totalidad del universo y de la vida puede ser explicada con base en ellas. La estructura de la causalidad es muy elemental: la causa es distinta, externa y anterior al efecto. Todas las cosas, subsiguientemente, tienen un comienzo, y producto de ello poseen, entonces, un final. La causalidad cimienta una estructura mental lineal, y entonces también jerárquica en Occidente. La causalidad es la que sentará todos los fundamentos para una concepción creacionista del universo, la cual, aunada a estructuras jerárquicas termina cerrando el círculo.

Abandonada a sin ninguna dificultad, la creencia en la causalidad si no sienta las bases, sí por lo menos abre la puertas de par en par al determinismo. (Esta es la base de la lectura, por lo demás muy superficial, que Occidente hace de la idea del karma de Oriente, cuando la verdad es que el karma tiene una acepción diferente, pues llama la atención en las consecuencias de las acciones, o también, en la importancia de las causas. Pero este es otro tema aparte).

Como muy pronto lo pone en evidencia el propio Aristóteles, la preocupación por las causas; es decir, una estructura mental centrada o fundada en las causas, es eminentemente circular. Se trata del abandono de los efectos y las consecuencia, y la búsqueda de la causa de la causa de la causa, y así, sucesiva, es decir, retroactivamente, hasta preguntarse por la causa última, o la causa primera; según se prefiera. Sin ambages, Occidente se asumió a sí misma como la causa primera de la historia, y se despreocupó totalmente por las consecuencias de sus acciones; de sus actos, de sus ideas, de sus creencias y de sus estilos de vida.

Muy pronto, la causalidad fue confundida con la racionalidad; causas y razones. Esta confusión permitió ampliamente que Occidente creyera que ella era la causa de cosas como: la libertad, la democracia, la salvación, la inocencia, la independencia, y muchas otras, y remitió entonces a sí misma como a la razón *par excellence*. Manifiestamente, y sin la menor duda, Occidente fue una profecía autocumplida, algo que a la luz de la más sana de las psicologías, psiquiatría o filosofía de la ciencia resulta sospechoso, por decir lo menos.

La totalidad de la historia de Occidente estuvo fundada en causas; durante mucho tiempo, la creencia en causas finales, y entonces toda la impronta de la teleología. Occidente es una civilización teleológica, acaso como ninguna otra. Esta teleología se correspondió con una visión trascendentalista del mundo y de la vida, de lo cual nos ocupamos a continuación. De otra parte, al mismo tiempo, Occidente impuso la creencia en causas eficientes. Si ayer fue la teología la que erigió esta idea al cénit, esta mañana fue la física clásica la que reemplazó, en este plano, a la teología. Al cabo, si se quería ser racional o inteligente o sensato, había que hablar de causa y señalarlas expresamente.

Resultó una verdadera sorpresa el descubrimiento de que en la sociedad tanto como la naturaleza hay fenómenos que se conocen muy bien en sus causas, tanto como en sus efectos, y sin embargo no es posible establecer una relación necesaria y directa entre causa y efecto. Esto dio lugar a dos cosas: de una parte, a la idea de que existen fenómenos y propiedades emergentes. Y de otra parte al mismo tiempo, a la idea de correlaciones; esto es, que hay efectos que se convierten en causas de las causas. Tanto las co-

rrelaciones como las emergencias contribuyeron a abrir las puertas para otras formas de racionalidad perfectamente distintas a la idea de que existen causas. Dos factores muy importantes para este nuevo acontecimiento fueron la física cuántica y las ciencias de la complejidad; sin embargo, otras ciencias y disciplinas merecen ser mencionadas igualmente.

Transcurridos 2000 años, la causalidad es expresada como eficacia, eficiencia, productivismo, consumo, desarrollo y crecimiento económico, en fin, incluso como competitividad y competencias de distinta índole. La noción de causa oscila entre Dios en una época, hacia los seres humanos en otra; de éstos hacia la Iglesia o el Estado en fin, distingue entre lo accesorio y lo necesario. Existir es causar, y al cabo la vida termina siendo sacrificada a las Grandes Causas, todas las cuales son exactamente negación de la vida. Al cabo, termina por imponerse una concepción sacrificial de la vida.

La traducción psicológica de la creencia en la causalidad es la creencia de que existe el yo, que es, sin la menor duda, una de las principales creencias fundacionales de Occidente. Toda la

historia de los comportamientos en y de Occidente se deriva de esta creencia. La epistemología y la filosofía de la ciencia han puesto de manifiesto, no hace mucho, que la inmensa mayoría de creencias de los seres humanos en Occidente están equivocadas. Esta merece un lugar central. El yo sienta todos los cimientos para el egoísmo, el individualismo en todas sus gamas y facetas. La traducción política de la creencia en la causalidad es creer que el Estado es necesario. Otras traducciones son posibles. En cualquier caso, la idea queda clara.

3.5. La idea de trascendencia

De manera atávica, los occidentales creen en la trascendencia, y que en la vida hay que trascender, de alguna manera. Las justificaciones de ello se encuentran en su misma genética: al mismo tiempo en Atenas, en Jerusalén y en Roma.

La idea de trascendencia afirma, simple y llanamente, que los seres humanos se realizan en otra instancia que en sí mismos, en otros espacios y experiencias que en los que tienen de manera habitual, y definitivamente en otros tiempos que

en los terrenales. Los seres humanos nunca supieron habitar el mundo. Quizás esta idea fue reforzada por el monoteísmo, sobre el cual nos referimos en la sección siguiente.

Realizarse en otra instancia, lugar y momento que en sí mismo, implica un sentimiento de insatisfacción profundo con la existencia. La filosofía logró en algún momento expresar muy bien esta trascendencia y sus afanes: se trató tanto de la enajenación (*Entfremdung*) como de la alienación (*Entäusserung*).

No hay que olvidar que las tres religiones constitutivas de Occidente fueron religiones del desierto, en el cual es evidente que la naturaleza es enemiga, que la relación se entabla entre “ella o yo”; que en medio de condiciones inhóspitas hay que emigrar, buscar mejores tiempos, espacios y dimensiones. En el desierto la vida es una lucha, y lo único cierto es que al final triunfará la muerte. A sangre y espada, Occidente impuso, literalmente, estas religiones y, por consiguiente, formas de ver el mundo, creencias, relacionamientos, jerarquías, y estructuras de organización que se fundan en ellas y se siguen de ellas, como verdades incuestionables.

Lo que olvida Occidente es que muchos otros pueblos y culturas no tuvieron, en absoluto, una relación de enemistad, sospecha o distanciamiento con la naturaleza. Todo lo contrario. La naturaleza es la madre, es amiga, es la vida misma. Se trata de pueblos, culturas y civilizaciones que nacieron o vivieron rodeadas de montañas, valles, ríos, mares, jaguares, pumas, halcones y águilas, peces y frutos que, literalmente se caían de los árboles. Para decirlo en otras palabras, pueblos, sociedades y culturas que supieron de la inmanencia. La inmanencia, una idea sistemática perseguida en Occidente. Entre los partidarios, en el seno mismo de Occidente, de una comprensión inmanentista de la naturaleza y la vida estuvo Spinoza, ese filósofo odiado por los judíos, perseguido por los católicos, proscrito por los luteranos y calvinistas de todos los colores.

Occidente enseñó a la gente que debía salir, literalmente, para poder encontrar todo aquello que lo afirmaba a la vida. Ir a buscar la salud, ir de vacaciones, salir a buscar fortuna, salir a encontrar el amor, y así sucesiva, indefinidamente. Jamás en esa historia se pensó que la salud, por ejemplo, es algo que se encuentra dentro de uno

mismo, y que los sanatorios (cfr. Th. Mann, *La montaña mágica*) sólo logran mejoras temporales y nunca definitivas puesto que, irrevocablemente, “habrá que volver a los lugares de siempre y a las cosas de siempre”. Es exactamente en este sentido y contexto que Occidente jamás supo vivir, y nunca pudo encontrar la felicidad dentro de sí misma, pues estaba aquejada de males, dolores, problemas, enfermedades, con los cuales no podía vivir. En el mejor de los casos, Occidente se acostumbró a vivir con el mal menor, a falta de saber vivir –notablemente, como podría haberlo aprendido de otras sociedades, culturas y pueblos. Algo que es imposible por definición. Cuando Occidente habló de aprender quiso decir: que otros aprendan de mí, porque yo no necesito aprender nada de otros. En esto consistió toda la clave de la educación occidental, desde la *paideia* griega hasta hoy. Sería interesante ilustrar este aspecto. Nuevamente, el énfasis se encuentra en los orígenes. Occidente nació enferma porque fue incapaz de aprender de nadie –simplemente porque nadie nunca existió verdaderamente. La profecía autocumplida.

En verdad, los dioses de Occidente jamás supieron de inmanencia y se definieron como negación

de la misma. Las religiones y filosofía de otros pueblos y culturas sí supieron de inmanencia; antes y durante la vida de Occidente. Por ejemplo, todos los pueblos amerindios. Los de Occidente eran dioses a los que había que ir a buscar pues-to que nunca convivieron con los seres humanos. Dioses eminentemente antropomórficos, que jamás hablaron de plantas, ríos, mares, montañas, selvas o bosques, y que cuando por cualquier coincidencia lo hicieron fue para domeñarlas. En contraste, muchos –en plural– dioses de otras culturas convivían y conviven con los seres humanos; y les hablan en muchos más lenguajes que los simplemente humanos. Por ello mismo los chamanes o sabedores o taitas o como se puedan llamar en cada caso, aprenden muchos lenguajes; ante todo los de la naturaleza, pues los lenguajes de los hombres son insuficientes.

En contraste con la trascendencia, la vida como inmanencia es una forma de existencia como encuentro, como experiencia de reconciliación, como sensación de satisfacción del mundo y la naturaleza. La trascendencia fue la historia del nomadismo, de gente que debía huir –del desierto, de las invasiones, de las enfermedades, de la violencia, de las injusticias, de la pobreza; porque donde

y como vivía no era posible en manera alguna. El nomadismo, todo parece indicarlo, es una apología indirecta a la racionalidad occidental (Attali, 2010). Lo que no se ha escrito, o mejor, lo que no parece haberse divulgado mucho, ha sido la experiencia del convivio, del encuentro, de la experiencia o de la inmanencia²⁶.

El dios, singular, de los occidentales, por ejemplo, nunca pobló la tierra ni conoció la naturaleza. Por consiguiente, los seres humanos tenían que emigrar a otros espacios y dimensiones para poder alcanzarlo. Hubo, en contraste, y hay, pueblos que saben que los dioses habitan con ellos. Esta idea admite muchas traducciones y matices que la enriquecen. Así, la naturaleza es buena, no es una enemiga y no hay que dominarla y aprovecharse de ella. Como se aprecia, una noción de profunda riqueza contra una de precariedad y pobreza se contraponen radicalmente.

Digámoslo sin ambages: la trascendencia es un rasgo originario de Occidente que implica nega-

26 García Miranda, J.J., *La racionalidad en la cosmovisión andina*. Lima: Universidad de Ciencias y Humanidades, 2015; Marín Benítez, C., *Filosofía Tawantunsuyana*. Lima: Juan Gutemberg Ediciones, 2015; Yujra Mamani, C., *Nuestra cultura nativa es impresionante*. La Paz: Ed. Gráficas, 1996.

ción de las experiencias terrestres. Un absurdo para la evidencia misma de la vida.

Dicho sin más, la creencia en la trascendencia fue exactamente la negación de la inmanencia, y todo condujo al escape, la huida, la negación, una insatisfacción ontológica, en fin, una profunda sensación de desasosiego gravedad y pesantez. Todo, se resume en una palabra: negación de la vida. Occidente jamás supo de “vida”. Tuvo la palabra pero, manifiestamente, la palabra no constituye a la cosa.

3.6. El error del monoteísmo

Occidente fue siempre monoteísta. Su existencia consistió en la lucha a muerte contra el paganismo, que es el politeísmo. Como es sabido, el politeísmo no simplemente es la coexistencia de múltiples deidades sino, además, de muchas otras realidades semejantes: semi-dioses, héroes, mensajeros, emisarios, seres fantásticos de toda índole, y todos amigos de los seres humanos y de la naturaleza.

El monoteísmo es lo común a los cristianos, los judíos y los musulmanes. Por su parte, el poli-

teísmo fue siempre asimilado a pueblos bárbaros, que no merecían tener una segunda oportunidad sobre la faz de la Tierra. El monoteísmo es, simple y llanamente una creencia; más específicamente, es una creencia que se justifica a sí misma, puesto que se trata de religiones reveladas. Dios, por definición no puede mentir; por tanto, la única religión posible es la revelada por la deidad. Dicho en una sola palabra, si Occidente establece que sólo hay un dios entonces esto es real en la consecuencias de las acciones y creencias que se derivan, tanto como en sus relaciones hacia otros pueblos y culturas.

Nunca sobraré mencionar este hecho: el rasgo común a las tres religiones monoteístas constitutivas y fundacionales de Occidente es que son religiones del desierto, donde la diversidad es nula o demasiado baja; en el desierto, consiguientemente, las esperanzas son escasas, nunca plurales. Simple y llanamente, Occidente sólo confía en sus propias creencias, percepciones y preconceptos, y reduce la totalidad de la realidad encontrada o posible a los mismos.

Pues bien, el monoteísmo alcanza una expresión reciente en la modernidad y hasta nues-

tros días en el siguiente postulado. De la misma manera como, por definición, sólo puede haber un dios, asimismo, sólo existe y es posible una sola realidad. A partir de entonces se habla de “la” realidad, como única. El círculo se cierra. El monoteísmo consiste en un empobrecimiento del universo, la naturaleza y la vida. Occidente cree e impone la idea según la cual sólo es posible “la realidad”. Lo que deriva de esto ya es anécdota.

Occidente cree que existe un solo dios. Y en esto se distingue radicalmente de todas las demás civilizaciones, pueblos o culturas. El monoteísmo corresponde a un mundo pobre espiritualmente, y que por eso mismo desplaza la espiritualidad hacia la religiosidad y confunde una cosa con la otra, erróneamente. Al cabo del tiempo, las iglesias terminan imponiéndose sobre la espiritualidad; el poder por encima de la propia experiencia de dios o de la divinidad. Un poder ritualizado, anquilosado, formal, rígido.

No en última instancia, Occidente termina confundiendo la espiritualidad con la religión; ésta es única, singular —en cada caso, desde luego: para los católicos, los cristianos, los judíos y los musulmanes—. Por este camino, Occidente se

empobrece espiritualmente a cargo de la religiosidad. Están sentadas, así, por parte de la propia civilización, todas las bases para el ateísmo; un resultado paradójico. Nunca sobraré mencionárselo a Occidente, aunque esté ya moribunda: la religión no tiene nada, o demasiado poco que ver con la espiritualidad. Las religiones existen principalmente en función de la muerte. La espiritualidad sabe de vida.

En verdad, en la memoria reciente, se trata de esa cantidad de testimonios, en medio de los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial, preguntándose por el papel de dios, la posibilidad de dios, en fin, el sentido de todo ello para el Dios. Digamos, entre paréntesis, que ni la historia de las religiones –por ejemplo, en ese autor fundamental que es M. Eliade–, ni la antropología ha puesto jamás en evidencia que una angustia semejante de abandono existe entre otros pueblos y culturas. No en última instancia, ello es el resultado de que hay siempre más de un dios al cual acudir. Y que sus comportamientos y lógicas son perfectamente disyuntas de la del dios de Occidente. El monoteísmo es, lógicamente hablando, un error; y existencial o vivencialmente evidencia de un muy profundo malestar.

De manera singular, las tres religiones mono-teístas son reveladas, lo cual comporta una estructura eminentemente tautológica, a saber: Dios ha revelado esta religión, Dios no miente, luego esta religión es la única verdadera. El teorema de la incompletud de Gödel se aplica como es sabido a toda estructura mental que sea tautológica o, lo que es equivalente, algorítmica. Se aplica, sin ninguna dificultad, por tanto, también a esta estructura de racionalidad de las religiones reveladas. La expresión “estructura de racionalidad” tiene aquí sencillamente un valor deíctico, y no niega para nada, en efecto, que las religiones son más o muy distinto a la racionalidad, estrictamente hablando.

Muy pronto, las religiones terminan conduciendo a un auténtico callejón sin salida: la teología. Y esta sabe bastante menos de espiritualidad y de vida. Las teologías saben mucho de jerarquías, de autoridad, de formalismos, de algoritmos, de poder, de miedos, persecuciones y advertencias, y prácticamente nada de vida. Ya desde los propios inicios de la vida de Occidente se configuraron sínodos, cónclaves, encíclicas, concilios.

De manera suficiente, la antropología de la religión, la historia comparada de las religiones, y los estudios sociales y culturales en sentido amplio resaltaron numerosas veces que el mono-teísmo no es una regla en la historia de las culturas y los pueblos, sino una amplia excepción. El mundo y la naturaleza han estado poblados de una amplia variedad de dioses, semidioses, héroes, seres mágicos, seres míticos, espíritus, seres de todas las formas y con muchas características, y de una cultura a la otra sus nombres y formas de convivencia han cambiado pero su presencia ha sido siempre permanente. Occidente se distingue en esto de las demás civilizaciones, y ello condujo a un mal profundo.

El ser humano occidental conoció en numerosas ocasiones la soledad; en Auschwitz o en los Pogromos, o los gulags, en la vida cotidiana o en medio de las calles y centros comerciales se experimentó su presencia. Una experiencia semejante es perfectamente desconocida en otras culturales. Occidente nace con ese grito lacónico: "Padre, por qué me has abandonado". Es el costo de un dios único. Lastimosamente, la espiritualidad se convirtió en religión, y así, literalmente, se mató al espíritu a nombre del acatamiento,

la obligación y la obediencia. No hay que olvidar que en esta civilización la obediencia se encuentra en la base de todos los juramentos de las diversas órdenes religiosas, de hombres y mujeres y en ocasiones mixtas. Obediencia y disciplina.

Occidente supo desde su nacimiento de la soledad. Hay que decirle que jamás estamos solos. Vivimos rodeados de una trama abierta e indeterminada de vida. Pero este es otro tema aparte, para otro momento.

3.7. El individuo

El individuo es formulado, o inventado, o descubierto por lo menos dos veces en la historia de Occidente: en sus inicios, especialmente en el siglo V a.e.v., y luego con el Renacimiento y el advenimiento de la modernidad²⁷.

Occidente descubre al individuo como contraste y en oposición con la sociedad y la lógica que subyace es justamente la de individuo por fuera

27 Veyne, P., Vernant, J.-P., Dumont, L., Ricoeur, P., Dolto, F., Varela, F., Percheron, G., (en el coloquio de Royaumont, 1990). *Sobre el individuo*. Barcelona: Paidós, 1990; Foccolle, B., Legros, R., Todorov, T., *El nacimiento del individuo en el arte*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2005.

del mundo y la del individuo como ser social²⁸. Concomitante con la idea del “yo”, la individualidad será reconocida muy pronto como un valor excelso. Al cabo, ello conduce al liberalismo y a la idea, intocable en los marcos de la mentalidad occidental, de la libertad individual. El individualismo ontológico será, eventualmente, matizado con el individualismo metodológico, y Occidente habrá de pararse, erguida y vociferante ante pueblos como la India, China, África y los pueblos amerindios, como ignorantes del valor de la individualidad. Esa que constituye el núcleo mitocondrial del sistema de libre mercado, el capitalismo.

Expresamente sostiene Platón que cuando amamos al otro nos amamos a nosotros mismos en el otro. Aquí comienzan todos los males. Se trata de esa historia de la cual se ufana, erróneamente, Occidente en su vejez: la libertad individual, en nombre de la cual existe el sistema de libre mercado, la sistematización del egoísmo, el narcisismo y la megalomanía, en fin, sin ambages, la psicosis, los psicópatas y los sociópatas. Occidente intentó el yo desde el momento mismo

28 Vernant, J.-P., *L'individu, la mort, l'amour. Soi-même et l'autre en Grèce ancienne*. Paris: Gallimard, 1989.

de su nacimiento. El yo es una muy compleja y metabólica anomalía. Sin ambages, todos los delitos comunes de la delincuencia común, ayer u hoy, se cometen en nombre de la individualidad, por así decirlo. Y todo el sistema de corrupción, siempre, es la prevalencia del interés individual sobre el bien común. Precisamente por ello, Occidente tuvo durante mucho tiempo numerosos problemas con la ecuación individuo-sociedad. Una de las últimas y más refinadas expresiones del problema fueron la teoría de juegos, la teoría de la decisión racional y la teoría de la acción colectiva, tres modos de un solo y mismo problema. No hay que olvidar que las revoluciones que Occidente conoció en su historia —el protestantismo, la Revolución Francesa, muy particularmente—, fueron revoluciones en nombre de la individualidad. Ríos de sangre corrieron, al cabo, inútilmente, en vano, puesto que la estructura de base no cambió nunca.

El yo implica distancia, superposición, dominio, poder y autoimagen, porque, y esto es un pleonismo, el yo es distintivamente individual. Todos, auténticos delirios cuyas expresiones son numerosas, tales como fama, reputación, y otros excelsos valores llamados “liberales”= *laissez-*

faire-laissez passer). O bien, igualmente, se trata del control sobre el individuo a través de la conciencia, la culpa moral, el autoexamen permanente, y muchos otros mecanismos. Hemos estado acostumbrados a tantos males que todo nos parece normal; o bien, resulta escandaloso pensar que pudiera ser de otra manera.

El individuo fue inventado dos veces en la historia de la humanidad: en los orígenes de la civilización occidental en su propia génesis, y luego también, en el Renacimiento. Valdría la pena ampliar, en otro espacio, las razones por las que ello sucede así, las relaciones y los contextos, así como las consecuencias. Sorpresivamente, en el medioevo no existió o no fue prevaeciente, y no precisamente por el peso de la cristiandad; todo lo contrario. Profundizar en este tema nos conduciría a la historia y aquí debe ser simplemente señalado.

El individuo es la exacerbación de todos los males; muy específicamente con su forma más acabada: el individualismo, el egoísmo. La dificultad estriba en que las fronteras entre “individuo” e “individualismo” son, para todos los efectos prácticos, inexistentes. Meros artilugios

academicistas. En efecto, se mata en nombre del yo, y el yo puede ser un individuo, una Iglesia, un Estado, un Partido o una Corporación, por ejemplo. Una Institución es su forma de articulación más reciente y abstracta. Todos con mayúsculas; o cualquier de sus variantes institucionales, esas que tienen bandera, himno, misión, visión, objetivos, estrategia, liderazgo y demás.

La tradición hebrea introduce en los orígenes lo que puede traducirse en filosofía de la ciencia como el individualismo ontológico, y que traducido en términos más elementales consiste en la creencia de que sólo el individuo se salva o se condena, que nacemos solos y morimos solos. Desde la religión al derecho, desde la educación a las estructuras de organización. Se trata, manifiestamente, de una patología sin igual. La vida en la Tierra es una vida de soledad y resistencia. La verdadera vida comienza después de la muerte, lo cual introduce una concepción sacrificial de la vida que será enteramente acogida por las otras dos religiones monoteístas.

El descubrimiento del individuo manifiestamente marca no solamente una inflexión en la historia de la humanidad habida hasta entonces,

sino también, el rasgo distintivo más importante de la civilización Occidental cuyo epítome es (la creencia en) el yo, como queda ya mencionado. Desde el punto de vista lingüístico es evidente que Occidente es el triunfo de los idiomas indoeuropeos en general, todos los cuales comienzan definiendo el mundo a partir del yo: yo, tú, él, y así sucesivamente.

El individuo se contrapone al grupo, y su importancia, por lo menos a la luz de Aristóteles, es que constituye apenas el primer peldaño que conduce hasta su obra más acabada que es el Estado (*polis*). El yo es, literalmente, el centro del mundo en un eje de coordenadas x e y. Por donde va el yo, allí mismo se sitúa el centro del mundo. Kant dedicará un texto específico a este tema acerca de cómo orientarse en el pensamiento y, consiguientemente, en el mundo. Cada quien remite a sí mismo(a) todos los ejes referenciales acerca del mundo y la realidad. Al cabo, experiencialmente, el mundo empieza y termina, en cada caso, con cada quien; cada quien, digamos, y lo suyo.

Concomitante y paralelamente, los griegos —análogamente a lo que acontece con los hebreos y los

romanos— le tienen pánico a la finitud. Por tanto, busca agotar la finitud desde la ipseidad, y remontarla hasta el infinito: es exactamente lo que se logra mediante (la creencia en) la trascendencia. Cada quien, digámoslo en otros términos, lleva dentro de sí mismo toda la tragedia del mundo. La sociedad y el resto de la humanidad son subsidiarios y sucedáneos, al mismo tiempo, de la tragedia que es cada quien y que cada uno lleva en su corazón.

Al cabo, consiguientemente, lo que hace cada quien es contar lo mejor que puede y volver a narrar su historia. Cada uno necesita ser escuchado, y cada quien necesita contar su historia como si fuera única, singular, irrepetible.

3.8. Observación metodológica

Evidentemente, los rasgos generales, mejor aún, las evidencias aportadas en el diagnóstico admiten de un tiempo a otro, matices; de una geografía a otra, comentarios y glosas. Pero el cuadro evidente, el diagnóstico, no admite dudas.

En medicina se identifica una gama de enfermedades. Las hay de nacimiento, metabólicas,

crónicas, agudas, complejas y autoinmunes, así como numerosas enfermedades huérfanas. Un diagnóstico de interconsulta de Occidente en el que participen ciencias y disciplinas diferentes ofrecerá, sin ninguna dificultad un cuadro de crisis sistémica y sistemática. Ciencias y disciplinas tan disímiles entre sí como la historia, la antropología, la geografía, la ecología, la psicología, la filosofía y desde luego numerosas especialidades médico-quirúrgicas y de las ciencias de la salud como la enfermería, la clínica, la nutrición, la psiquiatría, la psicología clínica, la inmunología o la medicina interna, por ejemplo.

Digamos, en lenguaje médico, lo mínimo: la de Occidente es una enfermedad singularmente huérfana, si cabe el pleonasma; esto es, una enfermedad rara; en rigor, como queda señalado anteriormente, se trata de varias enfermedades que se combinan, se refuerzan unas a las otras. En verdad, un estudio cuidadoso de otras civilizaciones pone de manifiesto que las siete evidencias aportadas son exclusivas de Occidente. Muy difícilmente se encontrarán en otros pueblos y culturas. He tratado de ser cuidadoso en la identificación de esas anomalías congénitas, propias, específicas de esta civilización.

Varias de las evidencias identificadas se gestan en distintos momentos. He tratado de llamar la atención, de manera puntual, sobre sus orígenes; unas veces en la Grecia antigua, otras en el pueblo hebreo, otras más en Roma. En la historiografía actual el problema de la datación no es, en contraste con lo que se creyó antes, un problema mayor. Hay períodos, o siglos, por ejemplo, que no coinciden con la denominación habitual. Hay siglos largos y siglos cortos. El siglo XX, por ejemplo, ha sido llamado un siglo corto, pues puede decirse que comienza en 1914 con la Primera Guerra Mundial, y termina en 1989 con la caída del Muro de Berlín. El Barroco cubre exactamente del año 1650 al año 1750; por tanto no pertenece ni al siglo XVII ni tampoco al siglo XVIII exclusivamente. Los ejemplos pueden multiplicarse, con facilidad.

Pues bien, Occidente nace muy aproximadamente entre el año 0 de la era cristiana, y el año 476, cuando cae el imperio romano. Quisiera subrayar esto: cabe, legítimamente, hablar de un umbral, no de una fecha exacta, a diferencia del nacimiento físico o clínico de los humanos. Las culturas, los pueblos, las civilizaciones nacen en umbrales, incluso a pesar, en numerosas ocasio-

nes, del mito fundacional. Esta observación no es baladí para nada.

En este texto no me he ocupado de la historia de las enfermedades en o de Occidente. Ese sería otro tema, ciertamente no secundario. El foco aquí convoca, por así decirlo, la confluencia entre la ginecología y la pediatría, *prima facie*: Occidente nació enferma, algo no advertido en absoluto hasta la fecha. Y se presentan los rasgos determinantes de este nacimiento con numerosos problemas: neuromotores, de muy seria discapacidad cognitiva, del propio sistema inmune y metabólico, en fin, seguramente, mutaciones genéticas durante su gestación, quizás debidas también al medioambiente. El mejor diagnóstico es que no se sabe exactamente por qué sucedió, pero se investigará.

Es sencillamente imposible afrontar una de las causas mencionadas del nacimiento como problemas de Occidente sin atender al mismo tiempo a los demás aspectos. Es exactamente esta razón por la que se trata de un problema sistémico. Consiguientemente, el diagnóstico, aunado a la forma de vida de Occidente en estos 2000 años no admite discusiones. Se trata de un pa-

ciente que produce una crisis sistémica. Por ello mismo el diagnóstico es altamente reservado. Se recomiendan cuidados paliativos.

Es evidente que Occidente atacó en numerosas ocasiones sus propios fundamentos: por ejemplo, el valor del pensamiento y las artes, las ideas de libertad y democracia, el valor del individuo como de la naturaleza, el sentido del ocio, la importancia de la belleza, la cual terminó siendo desplazada por la verdad, y siempre, siempre, el descrédito del humor, la ironía y el sarcasmo. Hasta que lo quiso controlar y entonces lo formatizó en la sociedad del espectáculo, en el *stand-up comedy*, en el show con risas pre-dispuestas por ejemplo. Se trató, manifiestamente de enfermedades autoinmunes.

Occidente se olvidó, asimismo, de comer bien, particularmente a partir de finales del siglo XVIII, cuando su alimentación se convirtió específicamente en azúcares y carbohidratos, lo que generó numerosas enfermedades metabólicas en el paciente.

Occidente, de todas las civilizaciones que ha habido en la historia de la humanidad –Olme-

cas, Toltecas, Incas, Muiscas, Mayas, Egipcios, Harappan, y muchas otras—, es la que menos tiempo ha vivido, y la que más dificultades ha encontrado para su sostenibilidad y su propia justificación. Los principales estamentos e instituciones de Occidente ya saben que se trata de un sistema, una civilización, en fin, una historia fracasada. Están tratando de alargar su vida, ya en cuidados intensivos.

No se trata aquí de establecer las causas por las que Occidente nació con múltiples patologías. Algunas cosas se podrían decir, pero ese es el objeto de otro trabajo aparte, de corte mucho más histórico; genético, por ejemplo.

Para terminar, la sugerencia es que con Occidente lo mejor que se puede hacer es algo bastante más piadoso que lo realizado por Occidente con innumerables otros pueblos, culturas y civilizaciones: ayudarle a morir piadosamente. Es decir, aplicarle cuidados paliativos.

Terminemos esta observación metodológica con una advertencia puntual: Occidente no llegó jamás a reproducirse, afortunadamente. Es decir, no logró transmitir sus genes y males a otras

civilizaciones. Con Occidente muere un momento de la humanidad; pero no la humanidad; un momento de la vida, pero jamás la vida misma.

Las numerosas enfermedades –crónicas, agudas, metabólicas, complejas, autoinmunes– de Occidente le impidieron llevar una vida normal, en el más prosaico sentido de la palabra. Esto es, por ejemplo, casarse y tener hijos. Cuando se padecen males, físicos y psíquicos como Occidente, la infertilidad, por una vía u otra, por una razón u otra, es algo normal. Una nueva civilización emerge, pero esta no heredará los males de Occidente. Giremos la mirada al capítulo siguiente.



4. La necesidad de una medicina de las culturas, los pueblos y las civilizaciones

Hemos aprendido que no solamente nacen bebés sanos o enfermos, en ocasiones. También hay pueblos, culturas, en fin, civilizaciones que nacen sanas, unas, y enfermas otras. En este caso, sin la menor duda, hablamos de Occidente. Una medicina preventiva debe poder saber de pueblos culturas y sociedades, no solamente de individuos. Una medicina curativa debe, a fortiori, saber también de planos, contextos y esferas sociales y civilizatorias.

La medicina constituye una de las señales evidentes de progreso en la historia de la humanidad. Sin olvidar, desde luego, los peligros de la medicalización de la sociedad, es indudable que la medicina ha contribuido, al lado de las artes, muy especialmente, y también con la propia filosofía y recientemente las políticas públicas, a aligerar los males de la humanidad. Por ese mismo camino, lo que es verdaderamente significativo, la medicina hizo un aporte fundamental

a una de las más excelsas de todas las conquistas de la humanidad, a saber: haber ampliado al mismo tiempo las esperanzas y las expectativas de vida. La vida es, de lejos, el mejor de los regalos que el universo pudo haberse dado a sí mismo; el universo o la naturaleza, Por lo menos la forma de vida que conocemos en el planeta, que es diversa, ubicua, diversa.

Las artes siempre han afirmado, con independencia de los pueblos y las sociedades, que el peor de los castigos o malogro es la pérdida de la vida. Un anuncio de lo cual es la pérdida misma de la salud, o su disminución. La naturaleza nos ha obsequiado la vida, como un don: esto es, gratuitamente, sin pedir nada a cambio.

Quisiera subrayar esta idea: la vida es un fenómeno gratuito. Por consiguiente, su cuidado, exaltación, gratificación y posibilitamiento tienen lugar como actos sin deudas, ante nada ni ante nadie. Es sencillamente falsa la idea del pecado original, o cualquier creencia parecida o próxima. Se requiere una muy buena dosis de buena ciencia y de buena filosofía y sabiduría para reconocerlo. Una creencia semejante no solamente es perversa; además, por ello mismo, es enfermiza.

El surgimiento de la vida tal y como la conocemos, sucedió en algún momento hace alrededor de 3800 millones años. Y tuvo lugar de forma no teleológica; simple y llanamente, emana como el resultado, al cabo de un muy largo proceso en la historia del universo, de procesos combinatorios. Las matemáticas combinatorias ofrecen, como ningún otro campo del conocimiento, los mejores argumentos para la emergencia de la vida, y sirven, así, de base, a las teorías que buscan explicar el origen de la vida; entre ellas, hasta la fecha, la más sólida, la idea de que en su origen hubo una serie de procesos metabólicos (*metabolism first*).

Sería necesario dedicarle un espacio propio a la combinatoria, que es uno de los capítulos principales de las matemáticas de sistemas discretos. Digamos, simplemente, de pasada, que toda la matemática de punta en el mundo hoy son matemáticas de sistemas discretos.

Podemos decir, sin la menor dificultad, que la medicina es una de las ciencias sociales o humanas, para el caso da lo mismo. Su unidad de trabajo es el ser humano. Su punto de partida y su punto de llegada es el ser humano, en su

grandeza, en su miseria, en sus dolencias, con sus avatares. Y la base de su trabajo es el cuerpo. Sólo, mucho más tarde nacerá la psicología, de un lado, y la psiquiatría, de otra parte. Más exactamente, de manera tradicional la medicina siempre sólo supo del individuo. La clínica fue su mejor expresión, y lo sigue siendo hasta la fecha. Sólo, muy recientemente, llegó a saber de otros temas; especialmente, supo acerca de la medicina familiar, la medicina comunitaria. Y de consuno con otras ciencias y disciplinas, llegó a hablar de “salud pública”. Cuba es, hoy una potencia mundial en salud comunitaria; una historia que ha sido narrada en varias ocasiones.

Cuando la medicina habla de salud o de enfermedad en otras dimensiones del planeta entonces adquiere apellido, y se habla, por ejemplo, de medicina veterinaria.

Ahora bien, el rasgo central de la estructura mental de la medicina, con todo y sus contribuciones al bienestar de la humanidad, es el de una estructura organizativa vertical, jerárquica. La medicina, es, a no dudarlo, la mejor y acaso la última expresión, de una mentalidad militarista, belicista

o militar. A la enfermedad hay que derrotarla, y la medicina se estructura verticalmente desde los estudiantes, en la escala más baja, pasando por los residentes, hasta los médicos con especialización, y hoy, con sub, y sub-sub-especializaciones. Si en la milicia el rango y la antigüedad no se cuestionan, algo análogo sucede en la medicina.

En nombre de la salud, una estructura semejante debe poder cambiar. Pero no es este el tema central aquí.

Es evidente que la enfermedad, como la salud, no son únicamente problemas humanos, y ciertamente no se reducen a la escala individual. Se enferman también los ríos y los árboles, por ejemplo, y es posible hablar, sin ambivalencias, de paisajes ecosistemas o regiones saludables, en toda la extensión de la palabra. La forma negativa de decirlo consiste en señalar cómo no existe polución ni contaminación, por ejemplo.

Los pueblos tradicionales –por ejemplo, en México, Guatemala, Colombia o Perú–, saben también que existen lugares que físicamente recargan las personas en términos energéticos. Numerosos sitios podrían mencionarse sin proble-

ma; mencionemos, en aras de la brevedad, sólo uno: Machu-Picchu.

La salud humana es el resultado de complejos fenómenos sociales y culturales, en toda la extensión de la palabra. No es, en modo alguno, la ingeniería social (este no es un adjetivo) de las políticas públicas, con sus recurrencias, linealidades, estructuras, niveles y procedimientos. Quizás, muy específicamente las políticas de salud pública, puedan ser manejadas de esta manera; esto es, las enfermedades y los registros y seguimientos epidemiológicos. Pero en absoluto la salud.

Hay formas, estilos y estándares de vida (para una ampliación o precisión de estas distinciones, cfr. Nussbaum and Sen, 1996) que son enfermos. Estos estilos de vida son, por definición, sociales, colectivos. El cuidado de la salud no puede reducirse a la escala individual; más allá de las dimensiones familiar y comunitaria debe poder ampliarse a los niveles de mayor complejidad: el cultural y el civilizatorio.

En este sentido, uno de los actos sociales más importantes de todos es la comida. Comer, es decir, comer con otros, es una de las redes más

básicas e importantes e la vida. Pues bien, hemos hecho el descubrimiento de que hay estilos alimenticios –por consiguiente comportamientos ampliamente sociales relacionados con esos estilos– que no son para nada saludables; al mismo tiempo, desde luego, que hay otros que se ha demostrado que son sanos y beneficiosos para la salud y la alegría humana. Para decirlo de manera puntual con un autor, en los últimos doscientos años la humanidad ha aprendido a alimentarse muy mal; esencialmente de azúcares y carbohidratos²⁹. En otras palabras, nadie aprende a comer de forma saludable si no es, concomitantemente, un proceso colectivo. De entrada, en la consecución de los alimentos; en el proceso mismo de la cocción y la alimentación; y de salida en la serie de rituales diversos entre los cuales, numerosas veces, los seres humanos se dedican a hablar justamente de la comida. Este esquema debe ampliarse, necesariamente.

La medicina debe poder aprender, no solamente de física y química, no únicamente de farmacología y matemáticas, por ejemplo, sino, además, de historia, sociología, antropología y filosofía,

29 Veraza, J., *Los peligros de comer en el capitalismo*. México: Ed. Itaca, 2007.

por ejemplo; y siempre, naturalmente, de las artes. El resultado de un aprendizaje semejante pone de manifiesto que entonces es necesaria, y es por tanto posible y deseable, una medicina de las culturas, de los pueblos y las civilizaciones. Una ampliación del espectro de la medicina, sin la menor duda la transformará enormemente; enriqueciéndola, desde luego.

Al fin y al cabo, es imposible comprender lo que sea la vida y los sistemas vivos, de un lado, y al mismo tiempo y de forma necesaria, lo que sea la salud, sin tener el cuadro grande (*big picture*) del mundo, la sociedad y la naturaleza. Esta es una exigencia al mismo tiempo epistémica, ética y política. Episteme, ethos y polis están cobijados y atravesados al mismo tiempo por el oikos, un concepto esencialmente abierto e indeterminado que remite, ulteriormente a la naturaleza y el universo.

La medicina nace en Occidente anclada al individualismo ontológico, debido justamente a uno de los sellos distintivos de Occidente, centrado en el individualismo y la creencia en el yo. Y la medicina permanece también, no sin logros importantes, en el ámbito individual durante toda

la historia de esta civilización. Como es sabido, la medicina familiar y comunitaria, por ejemplo, son conquistas de la segunda mitad del siglo XX. Pero en la mayoría de los países, muy ampliamente, la clínica sigue siendo predominante. En propio corpus de la medicina, la medicina familiar y comunitaria ocupa un lugar secundario en la escala del prestigio que sitúa en los lugares más destacados a las neurociencias, la inmunología, los internistas, y varias otras especialidades médico-quirúrgicas. Todo ello, simplemente resultado de un acendrado atavismo. Un largo pasado arroja aún sus sombras sobre el presente, aquí, en el caso de la medicina.

Una responsabilidad por la vida y la salud, sin embargo, no puede reducirse, en manera alguna, al ámbito individual. Además, debe poder abrirse al *oikos* de los individuos, en el sentido al mismo tiempo más amplio e incluyente de la palabra. El modelo manifiestamente antropológico de la medicina deberá ampliarse a un modelo social, cultural, intercultural y ulteriormente planetario. Y entonces, de una ciencia social y humana, *prima facie*, podrá abrirse efectivamente al panorama cruzado de las ciencias de la vida, como de la complejidad. Hoy por hoy, los encuentros

entre medicina y ciencias de la salud, de un lado, con las ciencias de la vida, de otra parte, son simplemente nominales; deseos y buenos propósitos, porque la verdad es que la estructura mental sigue siendo antropocéntrica.

Al fin y al cabo, la verdad es que la salud de cada quien es, literalmente imposible, al margen de, sin, o independientemente de la salud de la sociedad, el pueblo, la cultura o la civilización en donde existe cada uno, y con ellos, desde luego, de la naturaleza misma. En otras palabras, curar, por ejemplo a alguien, sin atender al mismo tiempo al ecosistema social y cultural en el que cada quien existe es un acto bien intencionado pero muy limitado; y al cabo, fútil, en escala planetaria.

La salud de los sistemas vivos es una sola y misma cosa con la salud de la naturaleza. He aquí una ventana amplia que jamás ha sido explícita y directamente vista por parte de la medicina; ayer. Hoy y mañana sí podrá serlo, de cara al giro civilizatorio en el que nos encontramos.

Pues bien, quiero sostener que el desarrollo –futuro– de una medicina de las culturas, los pueblos y las civilizaciones será una de las características

de una nueva civilización en emergencia actualmente, y posible-real en el futuro. Digámoslo con optimismo: en un futuro inmediato. Esto tiene que ver con algunos de los rasgos sobresalientes que pueden desde ya avizorarse de la nueva civilización, y sobre los cuales nos ocupamos al final, en las conclusiones. En cualquier caso, el núcleo del tema tiene que ver con el desplazamiento del foco de la medicina del pasado hacia el futuro inmediato y el futuro a mediano y largo plazo, a saber: el desplazamiento de un interés por la enfermedad exclusivamente, a una preocupación por la salud. Nos hemos ocupado de esto en otros lugares.

Es una responsabilidad al mismo epistemológica, ética y política que la medicina sepa de culturas y pueblos y se transforme en función suya. De lo contrario, cae víctima del individualismo—esto es, la muy profunda miopía, por decir lo menos— acerca del mundo. Contra Occidente, el mundo, la naturaleza y la historia no comienzan en el individuo y tampoco terminan en él—o ella— aunque sí lo atraviesen. La clínica es simple y llanamente una interface, nada más.

La posibilidad de una transformación semejante de la medicina comportará un logro sin receden-

tes en la historia de la biosfera. Manifiestamente, y sin la menor duda, las esperanzas y las expectativas de vida podrán aumentar de forma aún más significativa de lo que lo hicieron en el curso de los últimos 2500 años; o incluso, en una comprensión más radical, de lo que pudo haberse hecho en general en la historia de sus 200.000 años de historia, para esos homínidos, la última de cuya expresión es el *homo sapiens sapiens*.

Las ciencias en general, las artes y la filosofía en general también, sólo tienen una única obligación, a saber: gratificar la vida, exaltarla, hacerla cada vez más posible y lograr que, por diversos caminos y de distintas formas la vida sea tanto más larga cuanto más placentera, y no una cosa más que la otra. Contra la finitud del tiempo, el más grande de todos los logros consiste en derrotarlo, en superarlo, digamos. Y de cara a las ciencias de la vida, aunadas a las ciencias de la salud, ello se llama: ganar –todo lo que se pueda– en esperanzas y en expectativas de vida.

Ya hemos logrado ganarle una vida de más a la naturaleza. Los seres humanos son miembros de una especie de ciclos cortos de vida: los primates. Sin embargo, a lo largo de la historia

las esperanzas y las expectativas de vida han aumentado enormemente. Grosso modo, se ha multiplicado por cuatro. Un logro magnífico. La mirada está orientada hacia el horizonte; debemos poder dejar atrás el pasado, sin hacer tabula rasa de él.

Esta idea, sin embargo, demanda abiertamente el reconocimiento de que la vida es un tejido amplio que no sabe de centros, y que se debe a cada hebra, a cada puntada, a cada hilo, en fin, a cada una de las puntadas de suerte que se trata de una visión ecológica. La vida toda depende de cada expresión; por ejemplo, cada especie depende de las demás, cada ecosistema de los otros, cada bioma de los que existen, en fin, cada familia de las demás. Apenas hace muy poco tiempo hemos empezado a pensar en términos ecológicos. Occidente jamás supo de una estructura mental semejante, acostumbrada, debido a sus males congénitos o de nacimiento, a centralidad, jerarquía, causalidad y demás rasgos patológicos.

La salud es una estructura, un proceso ecológico. Un tejido que empezó a gestarse en algún momento hace entre 4500 y 3800 millones de años, y que termina de tejerse a cada momen-

to. Incluso aunque haya momentos en los que se haya deshecho el tejido y retrocedido o detenido incluso el mismo. Tejer, como sembrar, tiene, a diferencia de la idea de construir, un tiempo propio que no depende directamente de nosotros, y nos acerca a la sabiduría. ¿Es acaso causalidad que la labor o el oficio de la hilandería y los tejidos –incluido el zurcido– haya tradicionalmente sido un asunto de mujeres? ¿Los hombres? Sólo supieron construir, y por ello mismo destruir; hasta la fecha, y dicho todo genéricamente.

5. Conclusiones abiertas: indicios de una nueva civilización

Occidente es una profecía autocumplida. Como sabemos, este tipo de profecías son creencias falsas. No en última instancia, mitomanía, y más exacta y radicalmente, psicosis. Originariamente, el concepto de “profecía autocumplida” nace en la sociología, no en psicología, lo cual es ilustrativo acerca del contexto y la carga que comporta. Una estructura mental semejante sitúa, en un caso, a las gentes, y en otro caso como el que nos ocupamos aquí, a las sociedades y la civilización en condiciones de indefensión y vulnerabilidad ante el futuro.

Pues bien, en toda la historia de Occidente, el tiempo constituyó una maldición; un factor que restaba, antes que sumar. Para las tres religiones monoteístas, el verdadero tiempo sucedía en aquella instancia que carece de tiempo y que tiene lugar después del tiempo terrenal: el cielo o el paraíso, porque el tiempo de la Tierra es de sufrimiento y resistencia, simple aguante. No en vano, será al final de la vida de Occidente cuan-

do se hará el descubrimiento, perfectamente anodino a la luz de toda la tradición, según el cual el tiempo suma y no resta. Es decir, más exactamente, el tiempo afirma la vida y al introducir la asimetría entre pasado y futuro, genera sistemas de complejidad creciente. Exactamente en el sentido de la teoría de la evolución, la topología del tiempo es de arborización, diversificación, especiación. La naturaleza ama la diversidad.

Lo más grandioso que puede tener la vida es tiempo, esto es, horizontes, posibilidades, indeterminaciones; existe una flecha del tiempo que sugiere que lo mejor para un sistema vivo es el futuro, dicho en general, que es toda la dimensión de lo posible. La vida es ese fenómeno en el universo que, contra todas las probabilidades, existe y se hace a sí misma posible incesantemente, como pueda, en el filo del caos. Contra todas las adversidades imaginables. Esto es lo que significa habar de autoorganización.

Hemos llegado a saber que el conocimiento se define por la carencia, y que vivir y conocer son una sola y misma cosa. El primero de los investigadores que pone de manifiesto este descubrimien-

to es I. Prigogine, y luego, varios más le siguen y enriquecen la idea (Maturana y Varela, Kauffman, Solé, Goodwin, y tantos otros). Como consecuencia, nacen las ciencias de la complejidad que son ciencias de la vida³⁰. Occidente nunca supo del tiempo; por el contrario, consistió siempre en una negación del mismo. Esta negación del tiempo es una y sola misma con la idea de trascendencia. En contraste, el descubrimiento del tiempo y la experiencia con el mismo constituyen un encuentro, una experiencia, en fin, un enriquecimiento. Por ello mismo cabe hablar con toda legitimidad de sistemas, fenómenos y comportamientos de complejidad creciente.

Existen teorías que se derrotan a sí mismas (*self-defeating theories*). Es decir, teorías que fracasan incluso en sus propios términos. Esta idea, procedente de la filosofía en general y de la filosofía analítica en particular³¹ resulta aleccionadora cuando se la traslapa a esferas propias de la historia, o de la política, o de la educación, u otras, por ejemplo. Occidente fue una histo-

30 Maldonado, C. E., "La ciencias de la complejidad son ciencias de la vida", en: *Biocomplejidad: Facetas y tendencias* (Villegas Ivey, M., Caballero Coronado, L., Vizvaya Xilotol, E. (Coords.), México: Copit-arXives, 2019, pp. 257-280.

31 Parfit, D., *op. cit.*

ria que incluso en sus propios términos fracasó. Desde el punto de vista evolutivo, el conjunto de teorías –en el sentido amplio y desprevenido de la palabra– que constituyeron a Occidente fueron, al cabo, teorías autodestructivas (*self-defeating theory*). Estas teorías conforman las siete evidencias expuestas en este libro. Desde luego “teoría” es sencillamente el término en el que cabe condensar o comprimir cosas como: explicaciones, creencias, cosmovisiones, asunciones, en fin, estructuras mentales.

He aquí un espléndido diagnóstico, gracias a la filosofía.

Jugando el papel del abogado del diablo, algunos de los términos de ese juego que fue Occidente son: libertad, democracia, individualidad, causalidad, yo, racionalidad, trascendencia, mono-teísmo, y muchos más. La comprensión de estas creencias, la gestión de estos términos y los propios conceptos condujeron a la destrucción de la naturaleza –o casi–, a la eliminación de pueblos y naciones enteras –o casi–, a la sexta extinción masiva –o casi–; los casos, los ejemplos, pueden multiplicarse a voluntad. Esto es lo que he sostenido al comienzo de este libro que forma parte de

los diagnósticos actuales, en el siglo XXI, acerca de la crisis, sistémica y sistemática del capitalismo, de la modernidad, de Occidente.

Cualquier pelea con la naturaleza la lleva perdida el ser humano. La primera vez que plenamente se logró este reconocimiento fue con la bioeconomía, especialmente con los trabajos de N. Georgescu-Roegen, quien lleva a cabo, a mi modo de ver, una crítica de la economía política bastante más radical que la elaborada por el propio Marx. Pues bien, dado que Occidente se enfrascó en una batalla semejante contra la naturaleza, perfectamente estúpida, terminó perdiendo.

En verdad, en escala biológica, dos mil años de existencia es un período irrisorio; mucho más, por ejemplo, si lo ponemos en escala geológica. Contra esa imagen autocomplaciente de Occidente podemos reconocer abiertamente que si hay algún sistema vivo verdaderamente triunfante en la evolución son las bacterias; no los seres humanos. Son ellas las que permiten la fotosíntesis; son ellas las que mantienen el balance del oxígeno desde hace 3800 millones de años. Son ellas las que se adaptan a los entornos más inimaginables y conforman la trama de la vida,

desde los extremófilos hasta los propios seres humanos. Al fin y al cabo, los seres humanos son holobiontes; esto es, dicho rápidamente, colonias bacteriales triunfantes. No en última instancia, pensamos –gracias al sistema nervioso entérico, que es un segundo cerebro que tenemos los seres humanos gracias a la microbiota intestinal. Asistimos a descubrimientos maravillosos en los últimos años que modifican a la biología y a la medicina, pero con ellas, entonces también a las ciencias sociales y humanas que habíamos heredado hasta hoy.

A la idea mencionada acerca de la importancia de la metabolización en la explicación del origen de la vida es preciso añadirle, como la otra cara de la moneda, por así decirlo, el significado fundamental de la simbiogénesis. La vida es un magnífico entramado de codependencias, redes, aprendizajes mutuos, dependencias recíprocas, en el que no hay, en absoluto, un centro ni una jerarquía.

La mejor y más clara señal de éxito evolutivo es la permanencia en el tiempo, y en ello consiste la adaptación. Pues bien, las capacidades adaptativas de Occidente fueron muy bajas. En

el panorama de las civilizaciones es de todas, y muy de lejos, la que menos tiempo vivió. Hubo y hay aún muchas otras civilizaciones de mucha mayor longevidad.

A Occidente ya no podemos hablarle; al fin y al cabo, jamás escuchó, y ahora se encuentra en cuidados paliativos. Sus capacidades cognitivas están hoy, en sus días finales, demasiado afectadas. Hubiéramos podido decirle que la adaptación no es, en modo alguno un acontecimiento teleológico. La teleología fue una de las derivaciones del cuadro clínico severo diagnosticado.

En cualquier caso, el tema de base es el más importante: las esperanzas y las expectativas de vida. Occidente logró extender las expectativas y las esperanzas de vida de los individuos, pero, paradójicamente, al costo de su propia existencia, como unidad orgánica; como un todo, digamos. La nueva civilización posible en el futuro ya ha hecho el aprendizaje de esta circunstancia y la ha incorporado en su haber.

Importantes como son, sin embargo, los aspectos anteriores no han sido el foco de mi atención aquí. Por el contrario, he sugerido mirar al naci-

miento mismo de Occidente. Aquellos términos y conceptos, gestiones de los mismos y agenciamiento –en toda la línea de la palabra–, han conducido, digamos que inexorablemente, a la muerte de Occidente.

Una teoría que se derrota a sí misma puede perfectamente ser traducida como una profecía que se cumple a sí misma. Tautología, bucle eterno que se cierra sobre sí mismo, autorreferencialidad, en fin: es posible expresar este fenómeno de muchas maneras. Quizás el modo más hermoso y sintético de decirlo es: el yo –ya sea individual, colectivo o civilizatorio.

Este texto podrá generar en algunos, ciertas incomodidades. Quiero subrayar que se trata de un diagnóstico. Se han aportado evidencias provenientes de distintos campos. La bibliografía que sirve como soporte es sólida y robusta. Cuando en medicina o psicología, notablemente, se presenta un diagnóstico negativo, la primera reacción es la negación. Luego viene la ira. Al cabo, la aceptación. Pues bien, soy consciente que, posiblemente, en algunas personas se generará una reacción de negación combinada con ira.

La razón de esta doble reacción es evidente. Todos hemos estado acostumbrados a valorar las siete evidencias como cuestiones normales; por ejemplo, deseables, necesarias o incluso provechosas. Una reacción al diagnóstico presentado puede ser: “¿entonces qué propone usted?”. En lo que sigue quisiera esbozar algunas líneas de lo que será, sin la menor duda, un trabajo posterior.

Existen indicios de una nueva civilización. Antes, se imponen, sin embargo, algunas precisiones. Occidente tiene un cuadro de enfermedades al mismo tiempo agudas, crónicas y complejas. Pero, en el desarrollo de su corta vida, el cuadro se fue agravando con severidad. Surgieron, posteriormente, y así mismo descubiertas, una serie de enfermedades metabólicas, autoinmunes y de origen genético. Surgieron, o fueron identificadas.

Elaborar un diagnóstico completo del conjunto de enfermedades de Occidente sería sugestivo e importante. Sin embargo, desborda los propósitos planteados en este libro. Queda abierta una compuerta para un trabajo posterior.

Presento a continuación este cuadro clínico severo; el orden no importa:

Occidente es un paciente con una historia clínica de serios comportamientos psicóticos, seguramente de origen al mismo tiempo físico y mental. La esquizofrenia se evidencia por la ausencia de sentimientos de empatía, afecto o apego hacia nadie que no sea ella misma. Esta civilización, ya en la edad adulta particularmente se alimentó muy mal; esencialmente de azúcares y carbohidratos. Empezó a producir deliberada, estratégica y sistemáticamente productos de ciclos cortos de vida (= obsolescencia programada) que contribuyeron a la polución, la contaminación aunadas a la depredación de la naturaleza en toda la línea de la palabra. Diferentes enfermedades recidivantes aparecieron a lo largo de su vida, complicando seriamente la salud del paciente. Una enfermedad autoinmune apareció siendo ya muy joven: esclerosis múltiple. Esto dificultó seriamente sus capacidades cognitivas, de aprendizaje por tanto, y su movilidad y capacidad de adaptación.

La enorme dificultad es que Occidente entró a hospitalización sin saberse bien quién la trajo. No parece existir ningún familiar ni ninguna amistad o alguna persona conocida. Cuando se le pregunta responde de manera confusa, ininteligible.

Se le han practicados todos los exámenes de rutina y otros más, anexos que aparecen en su historia clínica. El diagnóstico es reservado. Se recomienda pasarla al piso de cuidados paliativos, con los tratamientos usuales en estos casos.

* * *

Quisiera volver ahora sobre los indicios de una nueva civilización, con una observación muy importante: lo que viene es cualquier cosa menos futurología.

Nuevos movimientos sociales han emergido y están surgiendo. Todos actúan localmente, pero la mayoría están en comunicación con los demás. Es un fenómeno que se puede comprobar en geografías tan diversas como Japón y la India, varios países africanos, entre ellos Nigeria o Ghana; Italia, Francia y España, en Estados Unidos, y en América Latina en México, Guatemala, Costa Rica, Cuba, Colombia, Venezuela, Perú, Brasil, Chile y Argentina, por ejemplo. Se trata, en todos los casos, de movimiento sociales, culturales, políticos alternativos. Buena parte de la comunicación de estos movimientos tiene lugar a través de la web profunda.

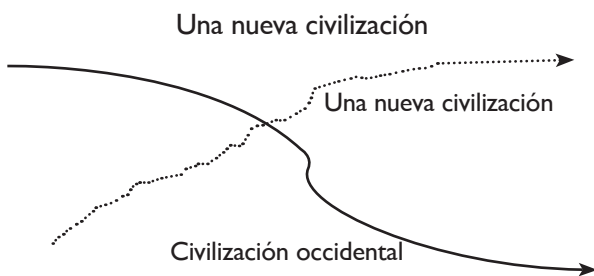
Asistimos a movimientos alternativos de tipo económico –en muchas regiones se constituyen bioeconomías perfectamente alternas al modelo capitalista–; existen sistemas de comunicación alternativos e independientes; hay modelos y sistemas educativos que para nada trabajan con los criterios y cánones occidentales, cualquiera que ellos sean. Hay estudiosos e investigadores que trabajan en síntesis entre saberes tradicionales y lo mejor de la ciencia de punta; hay, sin más, sistemas de formas de vida que se distancian consciente y deliberadamente de los cánones habidos en Occidente; por ejemplo, en términos de nutrición, o en sus relaciones con los animales, o en el aprendizaje de perspectivas ecocéntricas e incluso cosmocéntricas, por así llamarlas. Hay muchos grupos, aquí y allá, estudiando idiomas antiguos de los sabedores: muisca, aymara, quechua, y tantos más; incluso lenguas muertas como el arameo o el sánscrito. Asistimos a magníficas oleadas de aprendizaje y reaprendizaje en toda la línea de la palabra.

Quiero decir, de manera expresa, que nada de esto tiene elementos de “nueva era”, lo que quiera que ello pueda significar. La sociología rural, la microhistoria, la antropología y la etnografía,

el derecho alternativo y muchos campos afines están trabajando en los indicios de la nueva civilización. Diversos textos empiezan a plantear de manera abierta y directa el tema del nacimiento de una nueva civilización³². El hecho de que Occidente está muriendo, y está naciendo y es posible una nueva civilización es hoy un secreto a voces. Nos encontramos lejos de cualquier teoría conspirativa.

El diagrama adjunto ilustra a continuación el esquema en el que nos encontramos actualmente.

Diagrama N°1: Hundimiento de la civilización occidental y nacimiento de una nueva civilización



Fuente: elaboración propia

32 Francisco, Papa, *Laudato si'. Encíclica*. Bogotá: Ed. Desde Abajo, 2017; Rauber, I., (Comp.). *Laudato si'. Reflexiones ecuménicas y marxistas para una nueva civilización*. Bogotá: Desde Abajo, 2017.

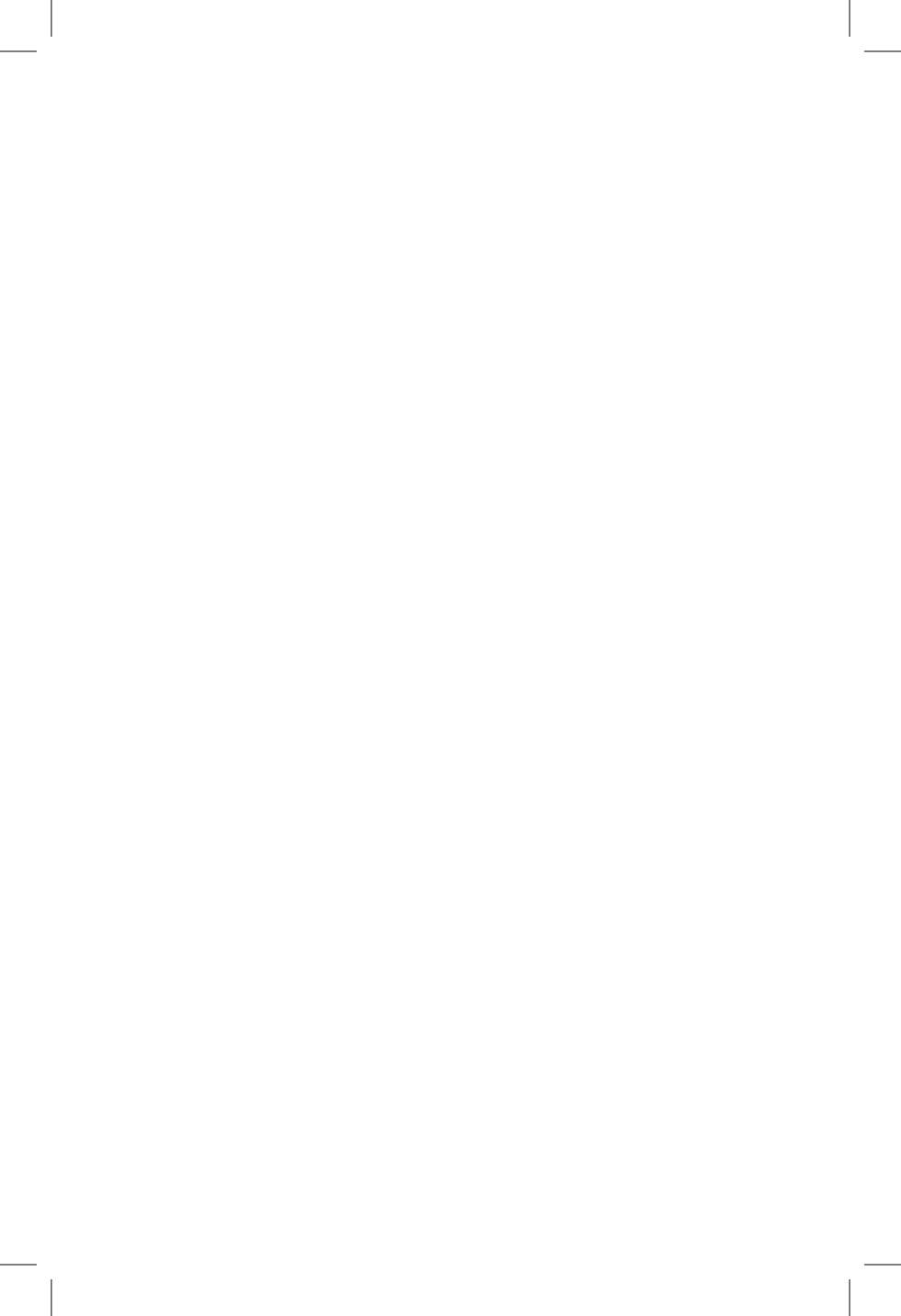
Este diagrama ilustra un hecho: las civilizaciones no nacen cuando hay otra que desaparece. Por el contrario, sucede a la manera de capas geológicas, en las que unas se hundeen y hay otras que emergen, simultáneamente. Hay un punto en el que se cruzan, y claro, se diferencian. Como muchas cosas en la vida: todo es cuestión de tiempo; de un lado y de otro. Desde luego, esta es sencillamente una expresión general. Lo cierto es que las cosas están sucediendo vertiginosamente. Occidente se encuentra en cuidados paliativos. Podemos ayudarlo a morir en paz, que es bastante más que lo que Occidente hizo con numerosos pueblos, sociedades y culturas, a los cuales masacró sin piedad.

Pero mientras descansa en paz, unos construyen, otros siembran y otros más tejen, si cabe, mundos nuevos, mejores. Podemos llenarnos de optimismo.

Para cada quien, para cada grupo, para cada organización y demás, el tema es básico: se trata de saber y decidir, al mismo tiempo, por cuál se opta. El tema no admite dilaciones.

* * *

Coda: hay civilizaciones que nacen enfermas, como desafortunadamente sucede en ocasiones con algunos bebés. Pero es perfectamente posible decir también que hay países que nacieron gravemente enfermos. Por ejemplo, como los marcados por una violencia sistemática, histórica, y por una total indolencia por parte de las élites gobernantes. Profundizar esta idea sería el objeto de otros trabajos, los cuales, sin embargo se derivan de la idea de base de este libro.



Referencias

- Ankersmit, F. R., *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. México: F.C.E., 2004.
- Attali, J., *El hombre nómada*. Bogotá: Luna Libros, 2010.
- Barabasi, A.-L., *The Formula. The Universal Laws of Success*. New York: Little, Brown and Co., 2018.
- Barrow, J. D., *New Theories of Everything. The Quest for Ultimate Explanation*. Oxford: Oxford University Press, 2007.
- Barzun, J., *From Dawn to Decadence. 1500 to the Present. 500 Years of Western Cultural Life*. New York: HarperCollins, 2000.
- Blackmore, S., *The Meme Machine*. Oxford: Oxford University Press, 1999.
- Blaschke, J., *La rebelión de Gaia. La verdad sobre el cambio climático*. Barcelona: Swing, 2007.
- Blumenberg, H., *Die Legitimität der Neuzeit*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp Verlag, 1966.
- Clark, K., *Civilization. A personal View*. London: John Murray Publishers, 2005.
- Caponi, G., *Leyes sin causa y causas sin leyes en la explicación biológica*. Bogotá: Ed. Universidad Nacional de Colombia, 2014.

- Canguilhem, G., *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI Editores, 2005.
- Canguilhem, G., *Escritos sobre la medicina*. Buenos Aires: Amorrortu, 2004.
- Chadwick, J., *El mundo micénico*. Madrid: Alianza, 1982.
- Cline, E. H., *1177B. C. The Year Civilization Collapsed*. Princeton and Oxford: Princeton University Press, 2014.
- Cohen, M., y Nagel, E., *Introducción a la lógica y al método científico*. Volúmenes 1 y 2. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
- Damasio, A., *El extraño orden de las cosas. La vida, los sentimientos y la creación de las culturas*. Madrid: Destino. 2019.
- De Landa, M., *A New Philosophy of Society. Assemblage Theory and Social Complexity*. London: Continuum, 2011.
- Delumeau, J., *El miedo en Occidente*. Madrid: Taurus, 2002.
- Detienne, M., *Los maestros de verdad en la Grecia antigua*. Madrid: Taurus, 1981.
- Diamond, J., *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*. Madrid: Debate, 2006.
- Dodds, E. R., *Les grecs et l'irrationnel*. París: Flammarion, 1977.

- Ferguson, N., *Occidente y el resto*. Madrid: Debate, 2012.
- Fernández-Armesto, F., *Civilizations. Culture, Ambition, and the Transformation of Nature*. New York: A Touchstone Book, 2002.
- Foccolulle, B., Legros, R., Todorov, T., *El nacimiento del individuo en el arte*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2005.
- Francisco, Papa, *Laudato si'. Encíclica*. Bogotá: Ed. Desde Abajo, 2017.
- García Gual, C., *Los siete sabios de Grecia (y tres más)*. Madrid: Alianza Editorial, 1989.
- García Miranda, J. J., *La racionalidad en la cosmovisión andina*. Lima: Universidad de Ciencias y Humanidades, 2015.
- Goody, J., *The Theft of History*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.
- Graeber, D., *Debt. The First 5000 Years*. Brooklyn-London: Melville House, 2014.
- Hanna, R., *Rationality and Logic*. Cambridge, MA-London: The MIT Press, 2006.
- Heather, P., *Emperadores y Bárbaros. El primer milenio de la historia de Europa*. Barcelona: Crítica, 2010.
- Heidegger, M., *Sein und Zeit*. Tübingen: Max Niemeyer Verlag, 1986.

- Johnston, W. J., *El genio austrohúngaro. Historia social e intelectual (1848-1938)*. Oviedo: KRK Ediciones, 2009.
- Kaldor, M., *El poder y la fuerza. La seguridad de la población civil en un mundo global*. Barcelona: Tusquets, 2010.
- Kaldor, M., *La sociedad civil global. Una respuesta a la guerra*. Barcelona: Tusquets, 2005.
- Kieffer, S. W., *The Dynamics of Disaster*. New York: W. W. Norton & Co., 2013.
- Kirk, G. S., y Raven, J. E., *Los filósofos presocráticos*. Madrid: Gredos, 1981.
- Kittsteiner, H. D., *Die Entstehung des modernen Gewissens*. Darmstadt : Wissnshaftliche Buchgesellschaft, 1992.
- Klare, M. T., *Guerras por los recursos. El futuro escenario del conflicto global*. Barcelona: Tendencias, 2003.
- Koselleck, R., *Crítica y crisis. Un studio sobre la patogénesis del mundo burgués*. Madrid: Trotta, 2007.
- Kyburg, H. E., Jr., and Teng, Ch. M., *Uncertain Inference*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.

- Lévêque, P., (Dir.), *Las primeras civilizaciones. De los despotismos orientales a la ciudad griega*. Madrid: Akal, 2012.
- Lévinas, E, *Le temps et l'autre*. París: P.U.F., 1985.
- Lovelock, J., *Las edades de Gaia. Una biografía de nuestro planeta vivo*. Barcelona: Tusquets, 1995.
- Maldonado, C. E., *Pensar. Lógicas no-clásicas*. Bogotá: Ed. Universidad El Bosque, 2020.
- Maldonado, C. E., “La ciencias de la complejidad son ciencias de la vida”, en: *Biocomplejidad: Facetas y tendencias* (Villegas Ivey, M., Caballero Coronado, L., Vizvaya Xilotol, E, (Coords.), México: Copit-arXives, pp. 257-280, 2019.
- Marbach, E., *Das Problem des Ich in der Phänomenologie Husserls*. Den Haag: Martinus Nijhoff, 1974.
- Marín Benítez, C., *Filosofía Tawantunsuyana*. Lima: Juan Gutemberg Ediciones, 2015.
- Mondolfo, R., *El pensamiento antiguo. Historia de la filosofía greco-romana. I: Desde los orígenes hasta Platón. II: Desde Aristóteles hasta los neoplatónicos*. Buenos Aires: Losada, S. A., 1964.

- Morris, I., *¿Por qué manda occidente...por ahora? Las pautas del pasado y lo que revelan sobre nuestro futuro*. Barcelona: Ático de los Libros, 2016.
- Nietzsche, F., *La voluntad de poder*. Madrid: Edaf, 2000.
- Nussbaum, M. C., and Sen, A., (Eds.), *The Quality of Life*. Oxford: Clarendon Press, 1996.
- Panofsky, E., *Renacimiento y renacimientos en el arte occidental*, Madrid: Alianza, 1983.
- Parfit, D., *Reasons and Persons*. Oxford: Clarendon Press, 1987.
- Pentland, A., *Social Physics. How Social Networks Can Make Us Smarter*. Penguin Books, 2015.
- Rauber, I., (Comp.), *Laudato si'. Reflexiones ecuménicas y marxistas para una nueva civilización*. Bogotá: Desde Abajo, 2017.
- Roberts, J. M., *Historia del mundo. De la prehistoria a nuestros días*. Madrid: Debate, 2010.
- Schaeffer, J.-M., *El fin de la excepción humana*. México: F.C.E, 2009.
- Searle, J. R., *The Rediscovery of the Mind*. Cambridge, MA-London: The MIT Press, 1995.
- Snell, B., *The Discovery of the Mind in Greek Philosophy and Literature*. New York: Dover, 1982.

- Spengler, O., *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*. Madrid: Espasa-Calpe, 1976.
- Toynbee, A., *Estudio de la historia*. Tomos 1-4. Buenos Aires: Emecé, 1955.
- Turok, N., *El universo está dentro de nosotros. Del cuanto al cosmos*. Barcelona: Editorial Plataforma, 2015.
- Vasari, G., *Las vidas: de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores desde Cimabue a nuestros tiempos*. Madrid: Cátedra, 2011.
- Veraza, J., *Los peligros de comer en el capitalismo*. México: Ed. Itaca, 2007.
- Vernant, J.-P., *L'individu, la mort, l'amour. Soi-même et l'autre en Grèce ancienne*. Paris : Gallimard, 1989.
- Vernant, J.-P., *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*. Barcelona: Ariel, 1985.
- Vernant, J.-P., *Mito y sociedad en la Grecia antigua*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1974.
- Veyne, P., Vernant, J.-P., Dumont, L., Ricoeur, P., Dolto, F., Varela, F., Percheron, G., (en el coloquio de Royaumont), *Sobre el individuo*. Barcelona: Paidós, 1990.
- Von Weizsäcker, E. U., *Faktor Vier. Doppelter Wohlstand-halbierter Naturverbrauch*. Darm-

sadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1996.

Von Weizsäcker, E. U., *Erdpolitik. Ökologische Realpolitik and der Schwelle zum Jahrhundert der Umwelt*. Darmsadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1994.

Weisman, A., *El mundo sin nosotros*. Madrid: Debate, 2007.

Yujra Mamani, C., *Nuestra cultura nativa es impresionante*. La Paz: Ed. Gráficas, 1996.

Zeldin, T., *An Intimate History of Humanity*. New York: HarperCollins, 1994.



Para la diagramación se utilizaron los caracteres
Century Schoolbook, Gill Sans y Agency FB
Octubre de 2020

El conocimiento es un bien de la humanidad.
Todos los seres humanos deben acceder al saber.
Cultivarlo es responsabilidad de todos.